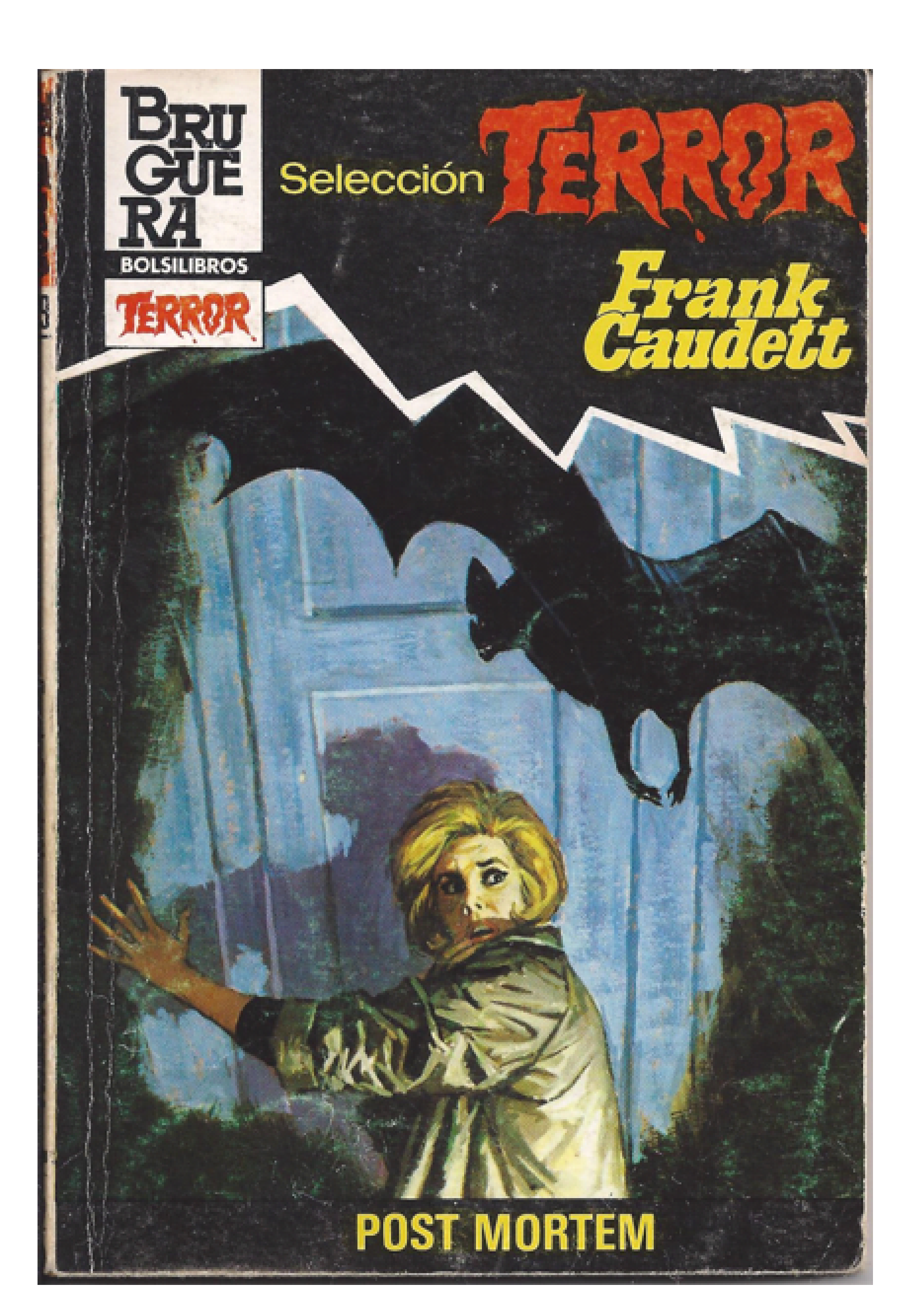


TERROR

Selección TERROR

Frank Caudett

POST MORTEM


BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Frank Caudett
POST MORTEM



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

524 - La calavera invocada, *Ralph Barby*.

525 - El coleccionista de cabezas, *Joseph Berna*.

526 - Amada bruja mía, *Lou Carrigan*.

527 - A gritos me pedirás morir, *Ada Coretti*.

528 - El lama negro, *Ralph Barby*.

FRANK CAUDETT

POST MORTEM

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 529

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

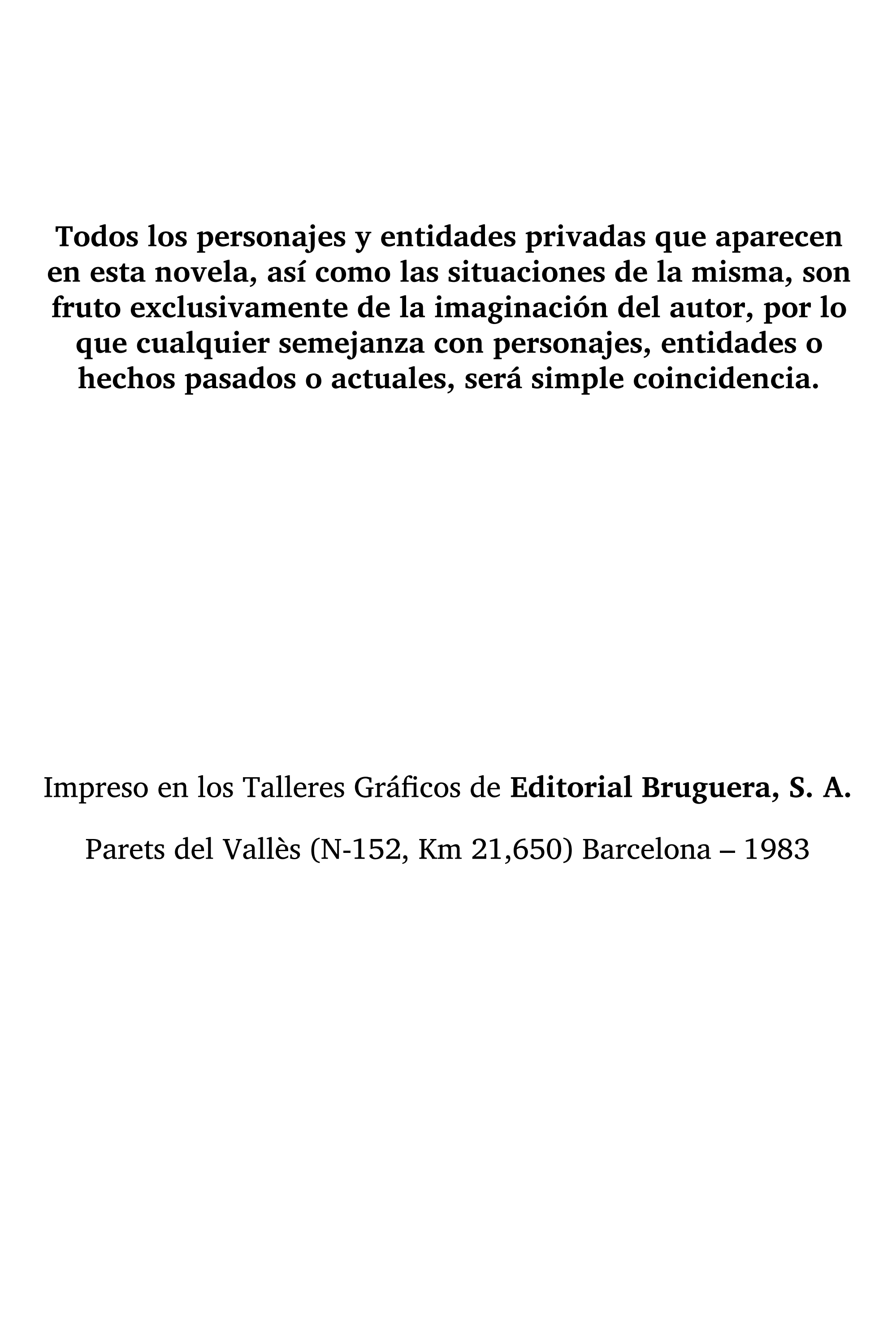
Depósito legal: B. 4.986 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1983

2ª edición en América: octubre, 1983

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

DOS NOTICIAS... QUE YA ENCAJARAN

10 de noviembre 1982.

De un suelto insertado en la página de información literaria del periódico londinense, *The Daily Telegraph*, transcrito textualmente:

PERCIVAL STEIGER
1828 – 1882

Hoy se conmemora el centenario de la muerte del que fue gran historiador y biógrafo, Percival Steiger, al que una cruel enfermedad segó la vida, pese a su edad, se encontraba en la mejor etapa de su carrera literaria. A él, como no ignoran nuestros lectores, se debe una de las mejores biografías históricas que se han escrito sobre la aventura de la «Mayflower». Esta tarde, a las seis, se oficiará un solemne acto en su memoria en la abadía de Westminster.

10 de noviembre de 1982.

De un suelto incluido en la sección de eventos del diario de la capital británica The Times. El texto transcrito seguía, a dos columnas, a una foto bastante bien reproducida que mostraba el busto de un hombre joven. Estos eran los términos:

ESTE ES GUY HAVERS
¿ALGUIEN LE HA VISTO ULTIMAMENTE?

Hasta nuestra redacción ha llegado el desesperado SOS de una joven ama de casa, Mónica Bogarde, madre al mismo tiempo de tres preciosas muchachitas de cuatro, seis y once años respectivamente, que sufre durante quince largos días la ausencia del domicilio conyugal de su marido, Guy Havers. Mónica siente aumentar a cada minuto su angustia y desolación porque en trece años de matrimonio, Guy, jamás había faltado una hora de su casa sin que la advirtiese puntual y previamente de su tardanza, el motivo de la misma y lugar donde podría localizarle en caso de producirse una emergencia.

Mónica teme lo peor. Mónica ha acudido a la policía, pero ésta tiene en trámite cientos de denuncias de personas desaparecidas, de las cuales se supone que un 70 % han desaparecido *voluntariamente*. Mónica Bogarde sabe que éste no es su caso. Mónica teme algo horrible sea Ía causa de la desaparición de su marido. Mónica no sabe qué contarles a sus hijitas cuando le preguntan… *¿Por qué no viene papá*? ¿Y SI HICIERAMOS ALGO, ENTRE TODOS, AYUDANDOLA A LOCALIZAR A GUY HAVERS? Basta con que llamen a nuestra redacción y nos digan si creen haber visto, últimamente, al hombre de la fotografía. Nosotros se lo agradeceremos; Mónica mucho más.

Dos sueltos, dos noticias dispares sin el menor vínculo aparente, publicadas además en distintos rotativos. Dos hechos desligados de los muchos que se producen a diario en una capital como Londres.

Nada más…

¿Nada más?

Algo más, en realidad.

Porque el destino, el azar veleidoso, que manejan para bien o para mal nuestra proyección en el camino de la vida, sembrándola de tragedias y alegrías, de esperanzas y decepciones… se iban a encargar de establecer una siniestra conexión entre ambos sucesos.

Entre aquellas noticias antagónicas casi que se habían insertado, la mañana del 10 de noviembre de 1982, en dos diferentes periódicos.

Esas son las incógnitas de la vida.

Pero dejemos esto por ahora y sigan, sigan ustedes leyendo…

PROLOGO

Craig Majors era un hombre gris, anodino, de esos miles de centenares que desfilan por la vida sin pena ni gloria.

O con más pena que gloria; según se mire.

Pura y simple cuestión de conceptos.

Era, en definitiva, Craig Majors, un tipo vulgar. Como vulgar, sin que ello encierra sentido peyorativo, era su profesión: taxista.

Claro que, hay que insistir en ello, ser taxista, no es ninguna deshonra en ningún lugar del globo. Es, simple y llanamente, un modo como otro cualquiera de ganarse la vida con honradez.

Y Craig Majors, eso sí, era honrado a carta cabal.

Especie esta, dicho sea de paso, que se está extinguiendo pronta y alarmantemente de la faz del planeta.

Pero Majors, cuando reflexionaba sobre sí mismo, cuando repasaba su trayectoria en la vida —como suele sucedernos a todos, a menudo —, se decía que más le hubiera valido ser menos honrado y más práctico. Más... ¿inteligente? Y al decir inteligente se refería a más pillo, más trápala, menos honrado, menos estricto..., porque todos aquellos escrúpulos de conciencia que él almacenaba no servían de mucho a la hora de la verdad. Bueno, sí servían: de estorbo. Y servían para que uno siguiera siendo gris y anodino; para que uno tuviese menos dinero.

Dinero... ¡Maldito dinero!, sí. Pero poderoso caballero.

Como decía el refrán: «Don sin din, campana sin badajo.»

¡Pero no podía cambiar, así como así, de la noche a la mañana!

Aunque sí a Craig Majors, a veces, le pesaba su honradez, su buen hacer, era más por Magali, su esposa, que por él mismo. Porque él, muy en el fondo, se consideraba feliz siendo como era.

Pero Magali…

En cientos de ocasiones, cuando subían a su vehículo de servicio público una dama elegantemente ataviada, ostentosamente enjoyada, Craig pensaba en su mujer, pensaba en Magali, una muchacha maravillosa en todos los aspectos, sobre todo en el físico, a la que no hubiera sentado nada mal —y mejor que a aquella dama por supuesto — una gargantilla de oro, o un collar de perlas auténticas, o un anillo de oro, diamante y rubíes y un buen abrigo de astracán. ¡Y miles de cosas más! Ella, se lo merecía, sí. Pero él, desgraciadamente, no podía ofrecérselo. Ni podía ofrecérselo jamás porque Craig Majors, a los treinta años estaba más que resignado, identificado con su destino y poco dispuesto para hacer nada que lo mejorase. Estaba conforme con seguir siendo un tipo gris y anodino, un vulgar taxista. Y un vulgar taxista no podía comprarle a su esposa clase alguna de joyas, tan siquiera de imitación, ni tampoco abrigos de astracán ni nada que se le pareciese.

Sólo una remota esperanza brillaba como una lucecita lejana de fortuna en el cerebro de Craig: su tío carnal Edward Majors. ¡El sí que había sabido ser listo y amasar fortuna! Pero en el fondo, ¿de qué le servía ahora? No sólo se había precipitado a una senilidad prematura, sino que había terminado con el aparato psíquico hecho polvo, en manos de médicos que no hacían más que chuparle el dinero… ¿Era más feliz su tío que él? No, ahora no. Y la esperanza consistía en el hecho de que si tío Edward «carburaba antes de palmar, él, Craig podía convertirse en el heredero universal. Porque Edward había permanecido soltero y no tenía, por lo tanto, descendencia. Que se conociera al menos, claro.

Pero al taxista no le gustaba demasiado pensar en aquello. Por dos razones muy concretas: porque le parecía que era como desear la muerte de su tío; la otra, porque era absurdo hacerse ilusiones si luego Edward Majors, en pleno arrebato de conciencia o presionado por alguien, legaba su dinero a las hermanitas de los pobres.

¡Ah!, y todo eso sin contar que también cabía la posibilidad — porque el ser humano es la caja de sorpresas más divertida y absurda del mundo— de que su ejemplar tío Edward, hubiera dilapidado buena parte de sus caudales con las amiguitas de los ricos.

Y todo ese galimatías se lo montaba Craig Majors al pensar en su esposa, en la joven y hermosa Magali Lenan, señora de Majors. Pero también pensaba el honesto y vulgar taxista, quizá para consolarse o porque necesitaba creerlo así, firmemente —como muchos millares de

hombres creen en Dios o en Alá porque lo necesitan, más que movidos por una fe ciega—, que Magali, además de bella y de una mujercita ejemplar, era esposa tranquila y resignada, moderada y modesta, que no ambicionaba joyas ni abrigos ni pieles.

¿Esa razón era válida, realmente?

¿Existía alguna mujer en el universo creado, incluso en el por crear, que no sintiera íntima envidia ante otra que luciese un puñado de relucientes joyas y un espléndido abrigo de astracán?

Era algo así como suponer que todas las mujeres eran divertidas, asequibles, casquivanas y sugerentes... menos la de uno, claro.

Craig Majors, al llegar a este apartado de sus pensamientos y reflexiones, se encontraba profundamente confuso. Y entonces, ante la insoluble disyuntiva, procuraba por todos los medios pensar en otras cosas.

En el fútbol por ejemplo y de manera más concreta en el Arsenal F.C., equipo de sus preferencias.

O se concentraba más y mejor en el fluido tráfico de las arterias londinenses para evitar que sus tribulaciones le arrojasen a una siempre incómoda y hasta trágica conclusión.

Y eso procuró hacer aquella nublada mañana del 10 de noviembre de 1982.

Conducir con atención y prudencia.

Circulaba por el barrio de Kensington, a la altura de Cromwell Road cruce con Queens Gate, cuando se alzó una mano haciendo señas a Craig para que detuviese el vehículo.

Eso hizo, con habilidad, estacionándolo delante del individuo que le hiciera la señal.

El hombre se colocó en la parte posterior del vehículo.

—¿Adonde, señor?

—Si es tan amable, al Abney Park Cemetery. Eso está en Stocks Newington, aunque imagino que usted lo sabe de sobras.

—De acuerdo, señor. En seguida...

—No hace falta que corra —matizó el caballero. Sentenciando—, Lo importante en la vida, es llegar. Yo no tengo prisa por despejar mis dudas, mi ignorancia acerca de lo que pueda haber después. *Quod ignoras, post mortem, tibi manifestabitur*. Y eso, cuánto más tarde, mejor.

Craig no había entendido ni «jota».

—No comprendo lo que quiere decir. Del latín, ni idea, señor.

—Bueno... —sonrió el pasajero—, esa frase significa, más o menos: «Lo que ignoras te será manifestado después de la muerte.» Y yo, le decía, quiero seguir siendo ignorante. En resumidas cuentas: no hace falta que usted corra. Ahora lo entiende, ¿verdad?

Dio un cabezazo el taxista.

—Creo que sí, señor.

Y echó un vistazo al retrovisor con el afán de observar, curiosamente, a tan peculiar caballero.

Se trataba de un hombre de avanzada edad —y por como acababa de expresarse con ganas de avanzarla muchísimo más todavía—, con cierto aire de misterio en su expresión; sus facciones eran correctas y agradables, pero había en ellas, sin embargo, algo raro, algo extraño, que imponía un profundo respeto. Quizá fuese aquella barba al estilo ochocentista; o las largas patillas; o la perilla..., pero había algo.

Craig Majors decidió dejar de preocuparse de aquellas trivialidades y concentrase mejor en su cometido ya que, a tales horas, era el tráfico bastante nutrido ya y toda atención resultaba poca a la hora de circular por el asfalto londinense.

Pasaron los minutos...

Y sucedió cuando se alejaron del centro de la ciudad de la capital. Cuando asomaron a la periferia, la dejaron atrás también. Fue, pues, cuando el núcleo urbano ya quedaba atrás. Fue cuando ya se divisaba la sombría mancha del cementerio en lontananza. Fue entonces, sí...

Fu entonces precisamente cuando Craig Majors se le ocurrió echar otra mirada al retrovisor.

Y...

Se quedó pálido.

Demudado.

Mortalmente pálido.

Porque las misteriosas y fascinantes facciones de su pasajero estaban sufriendo una diabólica metamorfosis… porque su rostro se estaba conviniendo en… ¡EN UNA CALAVERA!

UNA CALAVERA… ¡Sí!

Una faz descarnada, sin nariz, ojos, ni labios. Un pedazo de hueso blanquecino y calcinado con horribles agujeros, con fosas horrendas y dientes escalofriantes de tinte amarillento.

Y reta… ¡reía espectralmente!

Craig Majors, sin pensar en el peligro que corría, cerró los ojos apretando los párpados con toda la fuerza de su cuerpo.

Y los mantuvo cerrados casi por espacio de medio minuto, mientras sus manos se aferraban al volante con patética desesperación.

Sólo la providencia pudo mantener el correcto sentido circulatorio del vehículo y evitar que se estrellara contra cualquier arbusto o alguna de las edificaciones, aisladas, que se hallaban en las márgenes de la carretera.

Craig, zozobraba.

Tenía la sensación, cerrados los ojos incluso, de que una fuerte descarga eléctrica penetraba por su espinazo para batirle, despiadadamente, con cruel flagelo.

Los abrió…

Clavándolos de nuevo en el retrovisor.

¡Y allí seguía la sonriente calavera que tenía por cabeza su pasajero!

No…

Pese al tupido nudo que se apelotonaba en su garganta, mezcla de saliva coagulada y de horror, consiguió articular, interrogante:

—¿Quién… quién… quién es usted?

Y la respuesta sonó helada, lejana, como de ultratumba:

—… *post mortem, tibi manifestabitur*.

¡Te será manifestado después de la muerte!

No…

¡NO PODIA SER!

¡ESTABA VIENDO VISIONES!

Y la voz…, aquella voz lejana y siniestra, ¡era fruto de su desbocada y calenturienta imaginación!

Pero la calavera seguía sonriendo, y ahora, el batir de sus descarnadas y amarillentas mandíbulas al compás de las sardónicas, horrísonas carcajadas, inundaba el interior del vehículo con un eco tétrico, espectralmente estremecedor.

—¡¡NOOO…!! —aulló Craig Majors, desesperado.

Y apartó las manos del volante, otra vez, para llevarlas al rostro y taparse los ojos.

El coche, de súbito, zigzagueó… *mientras la calavera seguía batiendo sus mandíbulas en espectrales carcajadas.*

—¡¡NOOO…!! —el alarido del taxista, ahora, fue todo menos humano.

El taxi, a la deriva ya, tras seguir zigzagueando con «eses» de «vehículo-ebrio», saltó por la cuneta, rebasándola, y fue a estrellarse contra el tronco de un arbusto en las inmediaciones ya del cementerio.

Craig, al instante, se perdió por un paraíso de sombras a través de un tobogán inacabable de tinieblas.

Escuchando una voz que le repetía desde los confines ignotos de la galaxia eterna:

—*…post mortem. tibi manifestabitur*.

CAPITULO PRIMERO

—*...post mortem. tibi manifestabitur*.

La galaxia eterna.

Sombríamente eterna.

La galaxia sin retorno.

La galaxia de la muerte...

—¡¡NOOO...!! —bramó, alineado, Craig Majors. Desesperada, bestialmente.

Y se quitó las manos de la cara.

Para ver algo entre las sombras.

Braceando...

Y gesticuló con terror, con movimientos en los que imperaba un mecanismo paroxístico.

Y aulló de nuevo:

—¡¡NOOO...!!

Y continuó braceando.

—¡¡NOOO...!!

Y un grito femenino, ansioso, desgarrado:

—¡Craig...! ¡Craig, amor mío! ¿Qué te ocurre?

Dejó de bracear espasmódicamente.

Miró de un lado a otro con ojos estúpidos.

Confusos.

Con expresión idiotizada.

La alcoba, el lecho...

¡Las sábanas revueltas!

Se incorporó, sentándose en la cama, para luego frotarse la cabeza y las sienes con vigorosos movimientos.

Ella, su mujer, encendió una de las lamparitas de noche.

—¡Craig..., cariño! ¿Otra pesadilla?

El, suspiró profundamente.

Luego, con un hilo de voz, repuso:

—Sí, querida... Otra pesadilla.

Magali Lenan, ,incorporada también, desbocando sus senos palpitantes el atrevido e insinuante camisón, pechos agrestes que casi cabalgaban en el vacío, excitados a causa del nerviosismo que la invadía totalmente a ella, inquirió, insegura:

—¿Te sientes ya... mejor?

El, como flotando todavía, la miró.

Era bonita..., bonita hasta la saciedad. Con aquel cabello tan largo, tan rubio, tan sedoso y espectacular que caía ahora sobre sus desnudos hombros y los acariciaba como una cascada áurea de brillantes chispazos de oro; con aquel óvalo en el que resaltaban sus contradictorios y grandes ojos negros, que en contraste con el cabello adquirían mayor personalidad y enorme atractivo poniéndole al rostro una pincelada exótica; con aquellos labios húmedos y carnosos, como fruta madura y apetitosa, que eran el compás sutil de un beso en la inacabada sinfonía del amor...

Y luego estaba su cuerpo escultural, excitante, cálido, de abrupta orografía.

Una mujer que, como tantas y tantas veces había pensado él, se merecía gargantillas de oro, collares de perlas, anillos de diamante y rubíes, abrigo de astracán, pieles, lujos... todo lo merecía Magali, todo.

Después de mirarla largo rato en silencio, como si no la conociera,

respondió:

—Sí…, creo que sí.

—Cuéntame la pesadilla, Craig.

Con frecuentes interrupciones, vacilando, trémulo en según qué instantes, inconexo a menudo. lo hizo.

Añadiendo:

—Me horroriza… —se alteró, de pronto, exasperándose—. ¡Me horroriza eso *de post mortem, tibi manifestabitur*! Yo no ignoro nada, o al menos pienso lo que hay tras la muerte, a mi manera. Sin embargo… ese horrible personaje parecía hablarme en sentido premonitorio. Como…. como si mi muerte estuviera cercana y me fuese a ser revelado algo. Post mortem… ¡es horrible, Magali, horrible! ¡Si hubieras visto cómo se mutó su cara en una calavera!

—¡Craig, Craig…! Sabes perfectamente que ha sido una pesadilla.

—Hay pesadillas que son fragmentos de una realidad próxima, amor mío.

—¡Craig…! ¿Crees de veras en eso?

Dudó, mordiéndose el labio.

—No sé…

—Craig…, esto tiene que terminar. Compréndelo. Necesitas de alguien que te ayude médicamente. ¿Es que no te das cuenta de que vas a destrozarte el sistema nervioso?

Volvió a mirarla con expresión vacía. Lo mismo que si ella fuese una desconocida. Y en un rapto de nerviosismo, inquirió, con cierta brusquedad:

—¿Qué estás insinuando, Magali? ¿Quieres decir que me voy a volver loco… *o que ya lo esto*y?

—¡Craig, te lo suplico! No desorbites la cuestión: Existen miles de personas que por distintas circunstancias tienen dañado el sistema neurovegetativo… ¡y no están locos! El caso de tu tío Edward por ejemplo.

—¡No me compares con él! Tío Edward se ha pasado cincuenta

años exprimiendo los sesos para «empaquetar» libras esterlinas. Yo jamás he desgastado mi intelecto. ¡En el supuesto de que lo tenga!

—Amor… —ella lo acarició dulcemente—, ¿por qué eres tan duro y cruel contigo mismo? Sé razonable, cariño. Yo no he pensado en ningún momento que estés loco. Pero sí en que necesitas la ayuda de un especialista.

—Perdona, cariño… —dijo ahora, humildemente, el taxista. Inquiriendo a renglón seguido—. ¿Qué te parece que debo hacer?

Magali, estuvo dubitativa y expectante a lo largo de varios segundos, antes de responder:

—Si esto se repite, iremos a visitar a Everett McKean.

—¿McKean? ¡Ese es…, es el psiquiatra que atiende a tío Edward! —exclamó Majors con evidente sobresalto.

—Sí —admitió la maravillosa mujer de dulce expresión y. sedosos cabellos dorados. Razonando—: Con tu tío ha realizado un excelente trabajo, Craig. Y no conocemos otro de confianza. El hecho de que sea psiquiatra no debe crearte ningún trauma ya que, a su consulta, acuden personas que tienen un cerebro más sano que el mío. Te supongo lo suficiente comprensivo como para entender que un psiquiatra no es por fuerza un médico de locos.

—¿Comprensivo? ¿Inteligente has insinuado? ¡Un patán…, eso es lo que soy, Magali! ¿Cómo se puede calificar al hombre que no es capaz de evitar que su mujer se rompa los sesos para poner, a diario, un plato caliente en la mesa?

—¡Craig, Craig…, por favor! No empecemos otra vez con eso. ¿Quieres dejar de razonar como un niño? Yo estoy contenta, feliz… rompiéndome los sesos como tú dices. Pero eso, amor, nada tiene que ver con lo de ahora. Absolutamente nada. ¿Me prometes que si vuelve a repetirse una de esas pesadillas que te atormentan con tanta frecuencia iremos a visitar al doctor McKean?

Craig Majors se perdió en el fondo de las negras y persuasivas pupilas de ella. No tuvo otra respuesta que:

—Sí…

Magali enroscó los brazos en el cuello de su marido y lo besó en la boca apasionadamente.

—Cariño...

—¿Sí, Magali?

—¿Hacemos el amor? Lo deseo más que nunca...

* * *

Era otro día.

Craig Majors, con la inestimable colaboración de su excitante esposa, casi había olvidado la pesadilla de la noche anterior.

Y como siempre, se puso al volante del Vauxhall, dispuesto a ventilarse las cotidianas habichuelas.

Circulaba por Compton Street a la altura de Goswell Road cuando el primer cliente del día alzó la mano, requiriendo sus servicios.

—¡Menos mal! —suspiró—. Hoy empiezo pronto.

Detuvo el coche.

Penetró el pasajero.

—¿Dónde le llevo, señor?

—*Al Abney Park Cemetery, en Stocks Newington*.

Un latigazo, un escalofrío mezcla de hielo y electricidad, recorrió la columna vertebral de Craig Majors.

Y sucumbió, instantáneamente, al deseo desesperado de mirar por el espejo retrovisor.

Era el mismo hombre que en su sueño, en su pesadilla, había tomado el taxi pidiéndole, como ahora, que lo llevase al cementerio.

Un sudor glacial y ardiente al mismo tiempo perló con gotas grasientas la frente del taxista.

Permaneció inmóvil, con las manos agarrotadas al volante, erecto, rígido como una estatua de mármol.

—¡Eh, chófer...! ¿Qué ocurre? ¿Es que no me ha oído?

Craig Majors cayó de lo alto del iceberg que el sol no conseguía derretir, exclamado, en difícil lucha por hacerse a la realidad:

—¡Sí, sí, señor...! Perdone, es que estaba... distraído. Me ha dicho... al Abney Park Cementery, ¿no?

—En Stocks Newington, sí. Eso he dicho. ¿Algo va mal, chófer?

—¡No, no, de veras que no, señor!

—Si usted lo dice... —murmuró, con desconfianza, el enigmático pasajero.

Sacando fuerzas de flaqueza, Craig, puso e! vehículo en marcha y condujo nerviosa y atolondradamente por las calles londinenses. Cuando dejaron atrás la capital y sin consultar ni una sola vez más el retrovisor, Majors no pudo impedir cerrar los ojos cuando cruzaron frente el arbusto que en sus sueños, en la pesadilla, había detenido trágicamente las «eses» y zigzagueos del vehículo cuyo volante él abandonara.

Pero ahora, en la realidad, nada anómalo sucedió.

Llegaron junto a la verja de! cementerio sin que se produjese el más mínimo contratiempo.

El pasajero, enigmático, tanto o más que en la pesadilla eso sí, tras abonarle el importe de la carrera, saltó a tierra.

— Buenos días —se despidió.

—Adiós, señor... —murmuró el taxista.

Y al verle cruzar la puerta del camposanto no pudo contener un suspiro de tranquilidad... de satisfacción. Después, no obstante, Majors se vio sumido en instantes de profunda abstracción.

Y recordaba las palabras de su esposa acerca de la conveniencia de visitar al doctor Everett McKean.

¡Pero aquello había sido una casualidad!

—*...post mortem, tibi manifestabitur* —recordó, de súbito, estremeciéndose.

¿CASUALIDAD?

Un caos terrible de confusión y pánico empezaba a envolver su cerebro, cuando una delicada voz de timbre musical femenino, preguntó:

—¿Está libre?

—¿Eh...? ¡Oh, sí, sí! Perdóneme. Estaba distraído.

Era una muchacha jovencita de aspecto sonriente y agradable.

Subió.

—Lléveme a... ¡Eh, mire! Alguien se ha dejado aquí un paquete —y le tendió a Majors un envoltorio de proporciones cuadradas.

Lo tomó él, musitando:

—Pues se lo habrá olvidado mi anterior pasajero, ya que ha sido el primero de esta mañana. ¿Le importa que trate de devolverlo, señorita? Encontrará con facilidad otro taxi libre, seguro.

—Hágalo, sí —se apeó la chica. Añadiendo, comprensiva—: También me agradaría que me lo hicieran a mí —y sonrió con suave distensión de sus jóvenes labios.

Craig, dándole vueltas J paquetito en la diestra, se percató de que llevaba una etiqueta Que decía así:

MISTER PERCIVAL STEIGER.
ABNEY PARK CEMENTERY. STOCKS.
NEWINGTON. LONDON N 16

Unas señas algo raras, si.

Pero si se daba prisa, era fácil que aún localizara a aquel enigmático e insólito pasajero que... que ya había subido a su taxi en la pesadilla de la noche anterior.

Bajó del Vauxhall rumbo a la entrada de la necrópolis.

Mientras caminaba entre sepulturas, cruces de hierro, panteones,

lápidas y tumbas, con una auténticas torre de babel estallando en su cerebro, con extraños y tumultuosos pensamientos chocando contra los acantilados de su mente, Craig se preguntó el porqué.

¿Por qué hacia aquello?

Era prácticamente imposible que encontrara al propietario del paquete extraviado dentro de aquel interminable laberinto en que se iba convirtiendo el camposanto conforme avanzaba por su interior.

¿Por qué se empeñaba en buscar a aquel individuo?

—*...mortem, tibi manifestabitur* —la frase machacona, martilleaba con morbosidad en sus sienes.

¡Eso, morbosidad!

¿Una necesidad morbosa de intentar verlo nuevamente?

De mirarlo...

De esperar que volviera a producirse la siniestra metamorfosis.

Así, en aras de aquel castigo voluntario, de aquella tortura, de semejante masturbación psíquica, de una flagelación mental que casi le complacía con el dolor e incertidumbre que le causaba, vagó por dentro del postrer recinto, recorriendo sus senderos y avenidas, mirando de cuando en cuando de un lado para otro por si...

Mirando, se dio contra la sobresaliente arista de un ostentoso mausoleo cubierto con una magnífica lápida de auténtico mármol de Carrara.

Instintivamente leyó las letras brillantes y doradas que habían sido adheridas sobre el blanco mármol. Eran éstas:

R.I.P.
PERCIVAL STEIGER
1828 – 1882

DESCANSE EN PAZ EL QUE FUE HONRA Y GLORIA
DE NUESTRAS LETRAS Y NUESTRA HISTORIA

Craig Majors se quedó atónito, estupefacto.

Rápidamente leyó otra vez la inscripción del mármol y luego llevó sus ojos a la etiqueta del paquetito que un caballero extraño, siniestro mejor, olvidara en su taxi:

MISTER PERCIVAL STEIGER.
ABNEY PARK CEMETERY. STOCKS
NEWINGTON. LONDON N 16

¡No... no podía ser!

¡Un muerto había viajado en su taxi... un hombre que había fallecido cien años atrás!

¡No!

Era... ¡era para volverse loco!

Tiró el paquete bruscamente.

Y como si lo persiguiera el mismísimo diablo, echó a correr con toda la velocidad que le permitían sus extremidades inferiores, camino de la salida del cementerio.

Más que subir saltó dentro del vehículo y lo puso en marcha con movimientos maquinales, de manera instintiva, pero con un nerviosismo in crescendo que le llevaba del calor al frío, de la rigidez a la convulsión espasmódica.

El Vauxhall, volaba literalmente, ya, por la carretera.

Craig Majors pisaba, pisaba, pisaba y pisaba el pedal del gas.

Oyó, inesperadamente, la voz.

Filtrándose en el maremágnum de fúnebres pensamientos que distorsionaban su cerebro.

La voz siniestra.

Anunciando con tétrico matiz:

—*...post mortem, tibi manifestabitur*

Alzó los ojos, desorbitados, hasta el retrovisor.

Allí estaba, sí.

¡ESTABA!

La calavera descarnada, sin nariz, ojos, ni labios.

Amarillenta. Calcinada.

Cuyas mandíbulas descarnadas comenzaron a batirse, repentina, espectralmente, inundando el interior del vehículo con el eco diabólico de aquellas carcajadas horrísonas.

Craig Majors estrelló ambas manos sobre el rostro.

—¡¡NOOOO!!

Dejando el volante suelto.

—*...post mortem, tibi manifestabitur* —repitió la siniestra calavera, interrumpiendo sus infernales carcajadas.

—¡¡NOOOO!!

El vehículo, zigzagueó.

Y frente al morro del taxi surgió, como nacido de pronto, el tronco del arbusto.

Se produjo un impacto bestial. De estruendo estremecedor.

El Vauxhall, en cuestión de segundos, quedó arrugado como un aciago acordeón cuya partitura mortal estrujó entre sus notas, disonantes, caóticas, el cuerpo de Craig Majors.

Luego surgió una rojísima llamarada cuyo color se mezcló con el estruendo de la explosión.

Y los ávidos crespones rojo-anaranjados fueron devorando celéricamente el coche.

Mientras el taxista volaba ya, en la lejanía del tiempo, buscando la respuesta, una respuesta que jamás había deseado encontrar. Una incógnita que no quería le fuese despejada. Una ignorancia que

deseaba a toda costa seguir manteniendo.

Quod ignoras, post mortem, tibi manifestabitur.

CAPITULO II

Londres, 29 de marzo 1983.

Algo más de cuatro meses, después, de los hechos acontecidos en la realidad... y aquí transcritos.

Kirk Seymour, inspector jefe del Departamento de Accidentes y Decesos de la London General Insurance, atendió con presteza la llamada telefónica que llegaba hasta su despacho por la línea interior.

—¿Sí, señorita Chatel?

—Una señora desea verle, míster Seymour.

—¿Sabe de qué se trata?

—No ha querido ser muy explícita, míster Seymour —respondió la recepcionista. Puntualizando—: Pero por sus apellidos parece tener relación con un tal Craig Majors. ¿Lo recuerda?

—¿El taxista que murió de accidente hace unos meses?

—Sí...

—¿Ha dicho al menos como se llama esa señora?

—Eso sí —le contestaron—. Sue Elen Majors.

Kirk largó un sonoro suspiro de resignación que el tendido telefónico llevó hasta la orejita de Belinda Chatel.

—Bien..., ¿qué le vamos a hacer? Acompáñela hasta mi despacho.

Belinda le devolvió el suspiro. Pero el suyo no tenía que ver con la resignación y sí con una forma expresiva y casi callada de exteriorizar los sentimientos que en su corazoncito y en algún otro punto clave de su anatomía despertaba la apostura de Kirk Seymour.

Era tan alto.

Y tan atlético.

¡Con aquel tórax de moderno tarzán!

Y aquellos ojos gris-azul que la desnudaban a una suavemente, con elegancia... o que una creía que la desnudaban, ¡vaya usted a saber!

Y la boca de labios carnosos, gruesos, que debían comerse los de una al besarla... o que una se los comía al sentirse besada por ellos, ¡vaya usted a saber!

Belinda Chatel, que en segundos y sólo escuchando la voz de él habíase autotransportado a un verdadero paraíso de delicias, amores, pasiones y éxtasis, suspiró también, así.

—¡Aaaaah!

Y Kirk Seymour ahora, pegó un respingo.

—¡Señorita Chatel! ¿Sucede algo?

—¿Eh...? —bajó de las nubes—. ¡Qué...! ¿Cómo...? —cayó de la higuera—. ¡No, no, nada señor Seymour! Disculpe es que... Esto, en seguida. Ahora mismo la acompaño a su despacho.

Una risita extraña floreció en los labios —gruesos, carnosos, que Belinda hubiese mordido con fruición—, de Seymour al devolver el auricular a su posición de origen.

Instantes después se abrió la puerta.

Aparecieron los pechos impactantes, casi escandalosos de Belinda Chatel, y ella detrás. Con su mejor sonrisa. Con la más insinuante ondulación de su archivo de ondulaciones sugerentes.

—Buenos días, señor Seymour. Con permiso... —se hizo a un lado y miró a la otra de pies a cabeza con prevención. Como una mujer mira a otra cuando aquélla le da diez y raya físicamente. No hay que olvidar que por lo que más se envidian las mujeres, por lo que más se odian cordialmente, es por la posición económica y por el físico. Anunciando—: La señora Sue Elen Majors.

—Señorita si no le importa — corrigió la visitante.

—Señorita Sue Elen Majors —repitió, con desgana, casi con un

atisbo de burla en la voz, la recepcionista.

Seymour salió de la mesa tras tirarse instintivamente de los faldones de su chaqueta y sacudir aquellas manchas hipotéticas de polvo que, por lo regular, nunca existían.

Adelantando el torso atlético para iniciar una distinguida inclinación al tiempo que tendía la diestra, dijo:

—Es un placer, señorita Majors.

—Gracias, señor Seymour —estrechó ella la mano que le tendían. Añadiendo—: Gracias por recibirme,

—Nada más agradable que recibirla, señorita Majors —señaló una silla que se hallaba detrás, o delante según se juzgara la posición, de la mesa por él ocupada—. Tenga la amabilidad de tomar asiento.

Belinda seguía en el dintel de la puerta, embobada. Observando al inspector jefe como una tonta, lo mismo que una colegiala enamorada. Mordiéndose los labios con el pensamiento, claro. ¡Qué remedio!

Seymour le dirigió una severa mirada.

—¿Algo más, señorita Chatel?

Cayó de otro universo. De otro mundo.

—¡Eh...! ¡Oh, no...! Es que... Esperaba por si usted deseaba...

—No, gracias —le contestó Kirk secamente—. Puede retirarse.

—Sí, sí, sí... En seguida, señor Seymour.

Se cerró la puerta y el hombre pasó a sentarse tras la mesa.

—Usted dirá en qué puedo servirla, señorita Majors.

Las verdosas pupilas, personales pupilas, profundas y enigmáticas pupilas de Sue Elen Majors recorrían con profunda y aprobadora admiración, sin recato y abiertamente, la figura de Seymour. Y se detuvieron en aquellos ojos de tonalidad azul-gris que también la escrutaban a ella sin demasiado protocolo.

—Soy la hermana de Craig Majors. El taxista...

—Lo suponía, sí.

—Tengo entendido, señor Seymour…

—Prescinda de las formalidades u llámeme Kirk a secas. Somos jóvenes y tanto los tratamientos como el «usted» se me antojan absurdos. La cordialidad no tiene por qué estar exenta del debido respeto.

—Gracias… —pillada por sorpresa, se colorearon con indiscreto y evidente rubor las mejillas de la bonita mujer—, ¿Va bien de tul —vio el cabezazo y la sonrisa aquiescentes del apuesto Seymour, prosiguiendo—: Tengo entendido que tú te ocupaste personalmente de las investigaciones pertinentes con relación al accidente que le costó la vida a mi hermano, ¿no es así?

—Sí. Se hace siempre. Normalmente suele ser un informe rutinario. Ya sabes lo que se dice por ahí que hacen las compañías de seguros antes de soltar un chelín, ¿no? Tampoco es eso, pero sí se hacen unas comprobaciones.

— En el caso concreto de Craig Majors las investigaciones arrojaron negativo, ¿no?

—Si negativo se entiende por un accidente casual, fortuito, de los muchos que a diario se producen… sí.

Una extraña sonrisa, o quizá una complicada mueca, contrajo los labios sutiles, tremendamente femeninos y brillantemente carmesíes de Sue Elen Majors. Y dijo después:

—No fue un accidente fortuito y casual, Kirk Seymour.

Enarcó las cejas, sorprendido. Más que eso, confuso.

—No entiendo…

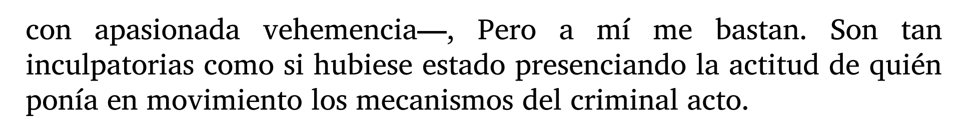
—La muerte de mi hermano fue premeditada.

—Eso es… asesinato, Sue Elen.

—Llámalo como quieras.

—¿Qué evidencias tienes para lanzar una acusación tan grave, tan delicada?

—Sólo evidencias morales —repuso ella con resuelta personalidad,


con apasionada vehemencia—, Pero a mí me bastan. Son tan inculpatorias como si hubiese estado presenciando la actitud de quién ponía en movimiento los mecanismos del criminal acto.

—¿Quién, muchacha...?

—Magali Lenan, mi cuñada, contrajo matrimonio hace un mes.

—¡Por Dios! —exclamó Seymour, alzando ambas manos al techo, pero queriendo con ellas, en realidad, llegar al cielo—. ¿Esa es la evidencia moral?

—Ya contaba con tu escepticismo, ya. Pero tengo otras evidencias...

—¡Ah...! —Ia exclamación que brotó de la garganta de Kirk Seymour, tuvo lagunas irónicas.

—El nuevo marido de Magali se llama Everett McKean. Psiquiatra. El que atendía a mi tío Edward Majors... *que falleció de paro cardíaco hace una semana*.

—Ni idea...

—Edward Majors había declarado heredero universal suyo a mi hermano Craig. Y pese a enterarse de la muerte de él, no quiso redactar otro testamento ni modificar el actual con cláusula alguna. Como a su vez mi hermano había dejado como única y legítima heredera a su mujer Magali Lenan...

—El psiquiatra se cargó primero a tu hermano, se casó después con la viuda y pasa ahora a compartir, y hasta puede que administrar, la herencia de su ex paciente Edward Majors. *The* end.

—No es ninguna película, Kirk. Esperaba escepticismo pero no burla.

—No me burlo, Sue Elen. Pero estarás conmigo en que suena a película y de ciencia ficción.

—Puede. Pero yo te juro que es real.

La miró.

Empezando a dudar. Empezando a considerar la posibilidad de si debía o no dar un margen de confianza a tan insólita historia.

Ella, Sue Elen Majors, parecía total y absolutamente convencida de

que las cosas habían sucedido tal y como ella las explicaba.

Kirk, de lo que sí estaba ya total y absolutamente convencido, era de que Sue Elen brillaba con luz propia, lucía preciosa, como la más encendida y rutilante de las estrellas, porque era preciosa.

Y que fuera preciosa tenía directa influencia a la hora de que el hombre valorase la posibilidad de pensar hasta qué punto era creíble la historia.

No tan creíble como bonita era ella, desde luego.

Porque además de unas pupilas que desde luego sólo se veían en el cine y muy de tarde en tarde y además también de unos labios inventados para besar... sus facciones en general reunían una picara perfección, una personalidad y una serie de matices flexibles poco comunes, nada corrientes. Su cuerpo, con recortes cincelados, con maestría de escultor, ofrecía unos relieves que iban desde la sugerencia hasta lo más desbocado que podía aceptar una destacada imaginación.

Era evidente así por encima, a sus ojos vista desde luego, que Kirk Seymour tenía desbordado algo más que la imaginación.

—Te veo muy segura —dijo a! fin, por decir algo y porque algo tenía que contestarle y porque ella, que era muy bonita y atractiva, estaba esperando que él respondiese algo. Añadió—: ¿Por qué no desayunamos juntos y ordenas esas ideas, o esas realidades, de una manera cronológica?

—¿Con la certeza de que luego harás algo más que el sólo y simple hecho de haberme escuchado y de haber desayunado con una chica... bonita?

—E inteligente. Porque es una virtud que destaca más que tu belleza y menos común a las mujeres que la hermosura física. ¿Entiendo que has dicho que sí... que desayunamos juntos?

—Has entendido bien.

Cuando Kirk Seymour al pasar cerca de recepción volvió la cabeza hacia Belinda Chatel para decirle que salía, que estaría fuera algo más de una hora aproximadamente... y ella intuyó, porque las hembras son así de lógicas e intuitivas, que iba a desayunar con la otra, sintió la misma sensación de alegría que si le rascaran el vientre con cuchillo y tenedor.

Pensó, también con muchísima lógica, que la vida era así de injusta. De cruel, por supuesto. Una se pasaba tiempo y tiempo admirando a un ejemplar como Kirk Seymour y de repente, con sus manilas limpias y vacías, llegaba una forastera y ¡zas!

Mientras Belinda Chatel llegaba a esas conclusiones tras las previas conjeturas, Sue Elen y Kirk habían llegado a una moderna cafetería ubicada en el 712 de Saint George's Road, cercana al punto donde se alzaban las oficinas de la London General Insurance, y tras ocupar una mesita funcional y rústica a la vez de dispar mescolanza bien conseguida, le habían pedido el desayuno al camarero que puntualmente acudía a recibirles.

La vida, lo que decía... o pensaba Belinda. Aunque para Sue Elen y con relación a Kirk, parecía ser más justa y por supuesto mucho más generosa.

Seymour, la escuchó, sin interrumpirla ni una sola vez. Quizá porque hablando la encontraba más personal y terriblemente más bonita.

—¿Por qué has acudido a mí, Sue Elen?

—Por varias razones, Kirk. Yo no soy la chica protagonista de la novela para la cual, el autor, se saca de la manga una cuenta corriente con la que satisfacer posteriormente los honorarios de un famosísimo y competente detective privado que, al final y como se enamora locamente de ella, no le cobra.

—Yo puedo enamorarme de ti. Sería... ¡sería de lo más sencillo del mundo!

—Gracias... —le sonrió la hermosa hembra—. Gracias tanto si es cumplido como verdad... Y luego, Kirk, porque he pensado que si conseguimos demostrar que lo de mi hermano fue el producto de una confabulación criminal, además de obtener el castigo para los asesinos, tu compañía se ahorrará una respetable cantidad de dinero.. El seguro de vida de mi hermano del que es beneficiaria Magali así como la póliza a todo riesgo del taxi cuyas derramas también cobraría ella.

—No sé... —musitó Kirk.

—Mi cuñada es una zorra, ¡te lo juro!

—¿Por qué se ha casado con otro a los tres meses de la muerte.de

Craig?

—No por eso solamente. ¡Porque es una zorra! No tengo argumentos explícitos porque eso son cosas que sólo entendemos e intuimos las mujeres. Cosas que están en el aire, que se detectan la primera vez que se conoce a una persona. ¡Pero Kirk...!

Casi le sobresaltó.

—¿Qué ocurre ahora, Sue Elen?

—¿Es que acaso puede dar crédito a tantas casualidades concatenadas? Mi hermano se estrella con su taxi, Magali se casa a los tres meses con el psiquiatra que atiende a Edward Majors, tío de Craig y mío. que ha nombrado heredero a su sobrino y que no ha modificado para nada ese testamento aún siendo consciente de la muerte de aquél... ¿Alguien mejor y más cerca de Edward para manipular su mente que Everett McKean? ¿Alguien más idóneo para provocar un paro cardíaco? ¿Y qué mejor medio para acudir a la herencia de Edward Majors, que calculo por arriba del millón doscientas mil libras esterlinas, que casarse con la zorra de Magali? ¡Y a vivir que son cuatro días!

—No descarto que, oído varias veces, lo tuyo suena verosímil. Pero tú tampoco puedes descartar que sin la menor evidencia física, sin una sola prueba tangible, es tarea difícil llegar a demostrar...

—¿No te crees capacitado para hacerlo, con mi ayuda?

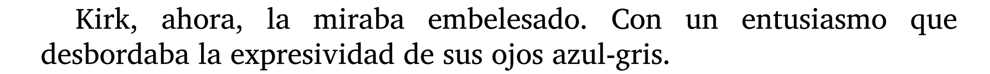
—Bueno... —le ofreció a la chica una cálida sonrisa—, contigo al lado sería capaz de entrar a saco en el infierno y meter a Satán en sus propias calderas. ¿Para qué voy a engañarme?

—Tú también me caes muy bien, Kirk.

—¿Hablas en serio?

Sue Elen, sonriente, alzó la mano diestra lo mismo que si se encontrase frente a un tribunal, delante de un juez y ante la presencia de un jurado:

—Juro solemnemente decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Kirk Seymour, a quien acabo de conocer hace algo más de media hora, es un tipo simpático, agradable y guapo, lo confieso sin rubor, y me cae bien. Lo que acabo de decir puede que con el tiempo sea empleado por el propio señor Seymour en mi contra.



Kirk, ahora, la miraba embelesado. Con un entusiasmo que desbordaba la expresividad de sus ojos azul-gris.

—Eres una maravilla, Sue Elen.

—¿Por qué digo las cosas tal como las siento y las pienso?

—Porque eres una maravilla...

—A la cual, todavía no has dado una respuesta.

—Hoy... —seguía hechizado por los encantos, la luminosidad, los chispazos agresivos, la espontaneidad y su personal manera de producirse, por todo lo que emanaba y se desprendía de la piel, imaginaba que suave y tersa, de aquella preciosidad. Saliendo del éxtasis en que le sumía la contemplación de aquel obsequio singular de la naturaleza, consiguió seguir—: Hoy tengo varios asuntos, pendientes que solucionar, y no puedo posponer ninguno. Pero mañana, en vez de desayunar, almorzaremos juntos. Estudiamos con detenimiento tus convicciones y estructuramos las líneas maestras de nuestra actuación al respecto. ¿Te parece bien, Sue Elen?

—Me parece perfecto, Kirk. Gracias.

—A ti, por haber venido. Y a Dios y al destino que te han puesto en mi órbita...

—¿Me tomas por una nave Soyuz o algo parecido al Columbia?

—Verás... de estar, lo que se dice estar, ¡estás como un satélite!

—Pero no soy artificial, ¿sabes?

—Eso me está pareciendo, sí... No eres artificial, no...

CAPITULO III

...¡DONG!

La última.

La que sumaba: 12

Porque hasta allí alcanzaba el eco de los aldabonazos metálicos que el Big Ben desgranaba en la lejanía brumosa de la noche londinense.

La que hacía doce, sí.

Que sonaba mucho más estridente que las once que la precedieron.

O que sobre el mágico y tétrico encanto del cementerio repercutía con mayor aspereza, rompiendo el denso y apiñado silencio, siniestro y enervante silencio, que se apretaba contra las sepulturas de aquel sector del Kensal Green Cemetery, en North Kensington.

Posiblemente no se trataba más que de una simple apreciación; mejor... de una distorsionada apreciación.

O quizá de una muy subjetiva apreciación por parte de quien estuviera dispuesto a admitir, a testificar incluso, que a los aledaños e interior de una necrópolis, las campanadas cobraban una dimensión distinta, un eco diferente, sobrecogedor.

Un eco que, como todos los ecos, eso sí, se extinguía al fin.

Como se extinguió el de la campanada número doce devolviendo al camposanto su riguroso silencio.

Dejando regresar aquel silencio retorcido en las negruras de la noche que acunaba el descanso eterno de los que habían retornado al polvo del que fueran creados.

Un silencio denso, absoluto, total, espeso... como tenía que ser el silencio del hogar de los no vivientes.

SILENCIO...

El que acababa de volver, tras el anuncio de la medianoche hecho por el Big Ben, al Kensal Green Cemetery.

Hasta que lo perturbaron unos golpes. Monótonos. Espaciados.

GOLPES…

Cuando el eco tétrico de uno de ellos, emulando los ecos dejados al aire, instantes atrás, por el reloj… se apagaba, surgían ramalazos de un viento inquietante y alucinado batiendo las copas de los cipreses, obligándoles ahora, de veras, a rendir tributo y oración a los muertos.

Porque el sonido del aire contra el ciprés acababa por convertirse en una oración.

Quizá para cubrir el espacio en blanco dejado por aquellos que rio ¡es rezaban a sus difuntos. Para ocupar el vacío de una indulgencia imprescindible que tenía un alma vagando por la eternidad, con lúgubres aullidos, con canto lastimero que clamaba por la paz y el eterno reposo.

Golpes…

Y vibraba la cruz de hierro forjado que remataba la pétrea losa de granito.

Losa que se Iba resquebrajando.

Por un instante pareció que todos los cipreses se unían en una común oración. La destinada a impedir que sucediera lo que estaba sucediendo… que no se culminase aquel macabro despropósito. Pero pareció servir de poco el lamento de los verdes centinelas mortuorios.

Puesto que el macabro golpeteo, proseguía.

Obligando al continuo balanceo de la cruz…

Al agrietamiento de la losa pétrea.

Y otro golpe.

Y otra raya que se abría, en la granítica superficie…

De repente, no muy lejos de allí, una mano aumentó el volumen de un aparato de radio. Las notas musicales crecieron, aumentaron, ahogando así el siniestro golpear.

En el interior de la construcción, elemental y rústica, la voz cascada de una mujer vieja, gritó:

—¡Baja esa maldita música, imbécil!

Christopher Norris dio un manotazo sobre la mesa, al tiempo que torcía sus labios en rictus despótico.

—¡Calla ya, vieja borracha! ¡Estás neurasténica perdida!

No obstante, Norris redujo el estrépito del amplificador.

—¿No oyes, repulsivo saco de huesos? —interrogó la anciana.

—¿Oír... oír el *qué*?

Tiró ella del raído pañuelo que cubría sus canos cabellos. Lacios, sucios, mugrientos.

—¿El... qué, ruina degenerada? ¡Los golpes, imbécil, los golpes!

Entre el matrimonio —que constituía una de las parejas que se ocupaban de la custodia nocturna de uno de los sectores en que estaba dividida la necrópolis, y que debían su empleo a la mediación y los buenos oficios acerca de! municipio londinense de un pastor anglicano que les había encontrado durmiendo meses atrás, tirados en la calle— se hizo un momentáneo silencio. Y en el transcurso de! mismo, con claridad, con nítida percepción auditiva, llegaron hasta dentro de la elemental construcción, los ecos estremecedores que seguían a cada uno de los golpes... Golpes que seguían sonando, espaciados, en el exterior.

—¡Bah...! —volvió a exclamar el viejo, despectivo—. ¡Estás beoda perdida! Y la «priva», ahora, te mete miedo en el cuerpo y manías en la azotea. ¡Seguro que ya tienes goteras, vieja bruja! ¿Golpes? ¡Pues déjalos que golpeen hasta que se mueran otra vez! ¡Hasta que se deshagan los nudillos! Nadie está satisfecho cuando tiene una losa encima, claro. Y trata de quitársela, ¿sabes, vieja asquerosa? Pero no puede, no puede... ¡Golpes dice! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

La mujer aferró sus manos sarmentosas al borde de la mesa.

—¡Christopher! ¡Podrido morboso! ¿Es que no te das cuenta, desgraciado de mierda? Alguien está dando golpes ahí fuera... ¡y con un martillo!

Norris atrapó la botella y se empotró el gollete en los labios ajados, hasta vaciarla de un solo y prolongado trago. Luego, largó un sonoro eructo.

—¡Puaf..., basura! ¡Anda, bruja cobarde, trae la linterna!

La anciana se dirigió presurosa hacia una alacena que tenía a su espalda y extrajo del interior de aquélla una pesada linterna, que tendió a su marido.

—Ve a ver lo que sucede, reptil repugnante.

—Como se trate de algún muerto que quiera salir, te lo traeré de la mano, bruja fachosa... ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Christopher Norris, pronunciando una retahíla de malsonantes exabruptos a continuación de las burlonas carcajadas, salió de la construcción arrastrando los pies, cansina y pesadamente, por encima de la arenilla que cubría el piso del cementerio.

Ahora silbaba el viento cada vez con mayor intensidad.

—¡Qué tiempo tan guarro! —masculló.

Y trató de orientarse hacia el punto donde según la bruja de su mujer sonaban los golpes.

¿Golpes...? ¡El vino que la muy puerca se había metido entre pecho y espalda!

Norris no era nuevo en el oficio. Anteriormente, cuestión de quince años atrás, ya había desempeñado la función de sepulturero. Pero su desmesurada afición a la botella fuera la causa del despido, tras varias sanciones y advertencias. Ahora, sólo la perseverante constancia del predicador, había conseguido el reingreso del viejo borrachín a su antiguo oficio.

O sea, que la noche y el cementerio, poco podían impresionar a un «profesional» que además llevaba en la tripa el calorcillo del vino. Aquel calor que llegaba hasta el cerebro haciendo que los humanos supervalorasen sus condiciones y cualidades al tiempo que, notablemente, restaba precisión en los sentidos y anulaba por completo la consciencia y la responsabilidad.

¡CRACK!

Un golpe seco.

Y supo que nada tenía que ver con la ebullición alcohólica que enlazaba su estómago y cabeza.

¡CRACK...!

Norris se detuvo en seco y la linterna osciló entre los dedos de su mano.

—¡Coño! ¡La vieja tenía razón! Por ahí anda alguien pegando golpes... ¡Si será el que sea hijo de su madre!

Otro golpe seco, contundente.

Christopher Norris, pese a su veteranía y experiencia, se estremeció.

—¡Me voy a cagar en la...!

¿Podía uno excretarse en la madre de un muerto?

—¡Ya me ha contagiado su canguelo la vieja bruja! ¡Qué muerto... ni qué muerto! Ese es algún cabrito de los que descerrajan tumbas para robar dientes de oro o algún anillo que la familia descuida en los dedos del muerto... ¡Ya se va a enterar, ya!

CRACK...

Se rompió, tan seco como el eco, el hilo de sus reflexiones.

¡El martillazo había sonado cerca!

Sobre una losa como él suponía...

¿O debajo, dentro de una losa?

Christopher arrastró los pies, ahora, con mucha mayor rapidez. Casi corría. Hasta llegar a las inmediaciones del sendero donde suponía haber escuchado los golpes. Donde su oído delataba el nacimiento y procedencia de los mismos. Alzó el cono luminoso de la linterna proyectándolo hacia delante.

Al frente y abriéndolo en abanico.

Una tumba...

R.I.P.

Otra tumba...

Resquiescat in pace...

La tercera sobre la que descendía el manto de luz...

R.I.P.. claro.

Pero, en aquélla, el abanico lo estaba denunciando en aquélla, lumínico... *¡la cruz de hierro forjado había caído sobre la gravilla!*

Era allí... ¡en aquel sepulcro!

Y estaban... *ESTABAN GOLPEANDO DESDE ADENTRO. EMPUJANDO LA PIEDRA HACIA ARRIBA DESDE EL INTERIOR DE LA SEPULTURA*.

Marcharon de las órbitas, velocísimas, las pupilas del viejo borrachín.

Hasta posarse, hasta caer horrorizadas, expresando un algo muy difícil de explicar, de transcribir, encima de la losa cuyo granítico aspecto mostraba líneas sinuosas, estrechos y diabólicos volcanes cuyos cráteres amenazaban vomitar una lava espectral, siniestra, de ardor vandálico, capaz de derretir la tierra y su entorno.

Sencillamente satánico.

—No... Eso que veo no es verdad... ¡Qué va a serlo, leche! Lo que pasa es que estoy más borracho que ningún día. Eso... ¡Estoy como una cuba!

Posiblemente, sí.

Y terriblemente cierto también que alguien golpeaba desde el interior de la sepultura, resquebrajando la superficie, mirando segundo a segundo, instante a instante, la resistencia pétrea del granito.

Un muerto no podía...

¡No podía golpear con un martillo la losa que lo tenía condenado a dormir por toda la eternidad!

¿No podía...?

Entonces... ¿QUE ERA LO QUE ESTABA SUCEDIENDO ALLI?

¿QUIEN GOLPEABA PUES?

Las letras, algunas zigzagueantes ya, partidas, danzaron con furor alucinante, demoníaco, con tétricas evoluciones, frente a las pupilas dilatadas de Christopher que proseguían allí, macabramente hipnotizadas, fijas, encima del granito que se fragmentaba paulatinamente.

Las letras...

R.I.P.
CRAIG MAJORS.
1952 – 1982

¡CRACK! ¡CRACK! ¡CRACK!

Ahora, de pronto, aumentaba la intensidad y frecuencia de los agoreros martillazos.

Perversos martillazos.

—Chris..., estás borracho —se afianzaba desesperadamente, ansiosa y necesitadamente a la idea obsesiva, salvadora, de que la intensidad etílica de su cerebro era la única responsable de lo que allí estaba sucediendo. De lo que él estaba contemplando. Siguió con su demagogia autoconservadora—: ¡Estás borracho como nunca, Chris! ¡Ves visiones! Eso... ¡VISIONES! Tienes eso que tienen los alcohólicos... delirium tremens ¡Porque tú eres un alcohólico, Chris! Y los alcohólicos ven visiones, espectros y cosas por el estilo. Como tú ahora... como tú, Chris. Así, que no te pongas...

¡CRAAAAAAAASCK!

La pétrea losa se había partido finalmente.

Culminando la satánica tarea del que... ansiaba recobrar la libertad.

Del que anhelaba salir.

Regresar al mundo, a la vida...

¡MONSTRUOSO!

Hasta para uno que tratara de hipnotizarse con relación a las percepciones de su estado etílico, aquello resultaba MONSTRUOSO.

Christopher Norris tuvo conciencia de que el alcohol no pintaba aquellos lienzos dantescos… o de que él no estaba lo suficiente borracho como para que la fantasía delirante de la vid le jugase aquella pasada.

Y quiso gritar.

Al darse cuenta de las… MANOS.

Al verlas.

Unas manos que estaban emergiendo de ¡as tinieblas espesas que llenaban la tumba…

Unas manos que se aferraban al borde tratando de izar a pulso el cuerpo al que estaban unidas por medio de los brazos.

Cuerpo… ¿O CADAVER?

—¡Noooooooooo! —pudo al fin, desahogarse el sepulturero—. ¡Socorrooooo!

Pero no podía moverse.

Y el cadáver salía…

Craig Majors.

Salía de la tumba.

Regresaba…

¡SU CUERPO, SU CADAVER… YA ESTABA FUERA!

El sepulturero pegó la espalda contra el tronco del más cercano ciprés, y allí quedó frenado, hasta diluirse en las siniestras sombras de la necrópolis, su atisbo de huida, se amago por escapar a la vorágine de horror que lo succionaba en función de un escabroso y subyugante hechizo.

Normal.

Era su cuerpo, no su cadáver.

Normal.

Como otro cuerpo cualquiera.

Craig Majors había emergido de la tumba en la que fuera sepultado cuatro meses ha, como si sólo hubiera permanecí: do allí en tránsito. Dormido. En una especie de macabra e incomprensible hibernación. O como en estado de letargo.

Christopher Norris lo miraba con aterrorizada hipnosis.

No podía correr, no podía seguir huyendo... y no porque el ciprés se lo impidiera. En otras circunstancias hubiese rodeado el tronco para continuar la huida. Era algo distinto. No podía ni moverse. Necesitaba estar allí; seguir allí... viendo aquello.

NORMAL, sí.

Como si los gusanos y las alimañas hubiesen renunciado al placer, casi al deber..biológico, de saborear su carne corrupta.

Carne;... *que aparecía incorrupta*.

El resucitado, tras una fugaz vacilación, inició un sosegado avance hacia la persona del sepulturero.

Christopher, ahora más que nunca, supo que el alcohol nada tenía que ver en todo aquello.

Aquel lienzo dantesco no podía imaginarse ni bajo enorme dosis de alcohol.

Venía hacia él...

Algo vio brillar en la diestra del que acababa de surgir del más allá. Al menos, del interior de una sepultura.

Eran destellos azulados.

Una hoja de acero...

¡Un monumental cuchillo de monte!

Que ahora comenzaba a alzar. Que ahora blandía con expresión homicida...

Chris pensó que necesitaba bramar. Aullar...

Escuchó, entonces, el siseo torpe de unos pies sobre la grava, procedentes de su espalda. Alguien se acercaba, caminando con dificultad.

—¡Chris...! ¡Beodo de todos los diablos! ¿Dónde mierda te has metido? ¡Chris! ¿Dónde estás? ¡Chris...! ¿Es que no me oyes?

Era la vieja.

Y Norris pensó que a pesar de todo eran muchos años juntos como para permitirle que avistara semejante espectáculo. El, a su manera, la quería. Aunque sólo fuera por el hecho de haberse acostumbrado a su presencia año sí y año también.

Eso le sirvió para salir del marasmo y gritar:

—¡Lárgate de aquí, estúpida! —procuró comportarse con normalidad mientras el horror le batía a latigazo limpio—. ¡Lárgate, cono! Se ha roto un desagüe y se ha formado aquí una enorme lag...

Craig Majors estaba encima ya.

Y el cuchillo zigzagueaba...

—...¡Nooo!

La primera dentellada del acero atravesó la garganta del desdichado bañándole en su propia sangre.

Pero eso, la aparición tormentosa de! rojo líquido de la vida, no detuvo el deseo homicida, implacable, siniestro, del resucitado.

Continuó, metódicamente casi, acuchillándole.

SANGRE...

¡Cada vez más sangre!

Caudalosa. A borbotones. A mares...

—¡Christopher! ¿Pero dónde est...?

Asomó la vieja entre setos y cipreses al punto exacto donde se desarrollaba la vesánica escena.

Vio…

Gritó:

—¡¡SOCORROOOÜ

Y cayó redonda al suelo impresionada tanto por el terror ancestral que la invadía como por la nauseabunda explosión sangrienta.

CAPITULO IV

92 de St. John's Wood Road.

Ella estaba apoyada, removiéndose nerviosa, contra el dintel del portal.

El, cuando asomó puntualmente como cada día, a las 8.30 de la mañana, la vio. Mostrando en su expresión una fusión de alegría, asombro y extrañeza. Todo a la vez. Al unísono.

—¡Sue Elen! ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo...?

La chica, además de estar visiblemente agitada, agitaba dos periódicos. Uno en cada mano.

Casi abanicaba con ellos el rostro, perplejo ahora, de Kirk Seymour.

Que no entendía nada de aquello.

Que no podía, ni por asomo, comprenderlo.

Parpadeó, articulando:

—Pero... Sue Elen, ¿qué ocurre?

—¡Mira, mira...! —y le acercaba a la cara uno de los rotativos.

Era la edición matutina del Daily Express cruzada la primera página por dos líneas paralelas rojas, en diagonal, que encerraba la palabra... INAUDITO.

Y el titular de la plana, ponía los pelos de punta.

Sobre todo a las 8.30 en punto de la mañana.

Simplemente decía así:

¡CRAIG MAJORS HA RESUCITADO!

Parpadeó otra vez. Asegurándose de que no se había dejado ninguna legaría en los ojos.

No.

La agitación de Sue Elen era, pues, justificadísima.

Kirk la atrapó por una muñeca y tiró de la chica, haciéndola callar, hacia un snack cercano.

—¡Pero Kirk…!

—Quieres cerrar esa linda boquita que Dios te ha dado, ¿eh?

Tomaron asiento en una mesa alejada de la barra y de la entrada.

Seymour, tras pedir un par de cafés, le robó literalmente el *Daily Express* y se puso a devorar la letra de imprenta.

—¡Eso es absurdo!

—¡Pero es…! La policía ha estado allí, ¿no lo lees?

—Sí. Y han comprobado pese a la historia de la vieja que la losa estaba correctamente colocada y sin señales de rotura ni agrietamiento.

—¿Y cómo justificas la presencia del acuchillado sepulturero?

—Pudo asesinarlo cualquier ladrón de cementerios. Que los hay…

—Ella dice que vio a mi hermano —le cortó Sue Elen.

—Ella puede decir misa si quiere. ¡Pero, vamos a ver! ¿Es que tú te lo crees todo, pequeña? ¿O es que no puedes parar de darle rienda suelta a tu imaginación?

—Ese artículo está inserto en un periódico serio y firmado por un profesional de prestigio.

—A ambos les interesa vender el mayor número posible de ejemplares del *Daily Express*. Y lanzar una edición especial si es preciso.

—Tendrías que haberlo visto para creerlo, ¿no?

—Cualquier persona lógica, sensata y en pleno dominio de sus facultades mentales, respondería, señorita Sue Elen Majors con un rotundo, aplastante:

¡SI!

Ella sólo dijo:

—Gracias, Kirk. ¡No sabes cuánto me ayudas!

—Sue Elen, por favor… —trató de retener entre las suyas una de las manos femeninas, pero la chica eludió la efusión. Seymour anunció—: Comprendo lo que tú estás…

—¡Tú no comprendes nada! ¡Nadie comprende nada!

—Sue Elen…

—¡Narices!

—Te pones preciosa cuando te enfadas, ¿lo sabías?

Ella le fulminó con sus intensísimas pupilas verdosas.'

—¡Gracioso! ¿Es todo lo que se te ocurre?

Se encogió de hombros.

—Tod. Lo siento.

La muchacha abrió el otro periódico por una página determinada: la de sucesos. Se trataba de un ejemplar de *The Times*. Obvio que la noticia central. la que acaparaba rótulos espectaculares y demás era la salida del sepulcro de Craig Majors.

Pero Sue Elen, ahora, no hizo referencia a aquélla si no a otra, enmarcada en recuadro doble, negro, en la que, bajo la fotografía de un hombre, de busto, podía leerse lo siguiente:

ESTE ES GUY HAVERS

¿ES QUE TODOS LOS LECTORES «PASAN» DE LA ANGUSTIOSA, DESESPERADA SITUACION, EN QUE ESTA

SUMIDA MÓNICA BOGARDE? ¡POR FAVOR...! ¿ALGUIEN LE HA VISTO ULTIMAMENTE? ¿CREE USTED HABER VISTO A GUY HAVERS?

Aun a riesgo de cansarles, de que se hastíen de nosotros, de que nos llamen pesados y de lo que es todavía muchísimo peor, que se pasen a adquirir las publicaciones de nuestros competidores... no podemos eludir. ni aun corriendo todos esos riesgos, nuestros deberes morales, solidarios y de humanidad.

Existe un corazón dentro de! cuerpo de alguien llamada Mónica Bogarde que late a veces muy de prisa, y otras, casi no late. Existe una mujer que lleva casi cinco meses sufriendo. Porque Mónica Bogarde lleva ignorando durante ese prolongado lapso de tiempo cuál es el paradero de su marido. No sabe nada de él. NADA. Un día no llegó a casa... y hasta hoy. La policía, ¡como siempre!, investiga; averigua. Nosotros nos preguntamos dónde y el qué. Pero Guy Havers no aparece ni vivo ni muerto. Un hombre que nunca había faltado más de una hora, y siempre justificadamente, del domicilio conyugal.

Mónica ya no confía en que su esposo le sea devuelto con vida, no. Mónica no quiere engañarse ni cultivar vanas esperanzas, ilusiones que ya intuye, para eso es mujer, rotas para siempre. Pero... ¿puede decirle a sus tres hijitas... *papá ha muerto*?

Por favor, se trata de un ruego personal nuestro; humanitario: ¿Alguien cree haber visto últimamente a Guy Havers? Si la respuesta es afirmativa aunque no exista la total certeza, aun con reparos, aun en la duda... ¡llamen a nuestra redacción! Nosotros se lo agradeceremos, Mónica les quedará por siempre reconocida.

Kirk Seymour había leído la glosa, .en principio y una vez más, por complacer a Sue Elen. Pero cuando volvió a observar la fotografía que encabezaba el artículo, meditativo, serio y con extrañeza, murmuró:

—Yo sólo vi a Craig Majors..., a tu hermano, en un par de ocasiones. ¡Y juraría que...!

—Que ese hombre al que aquí nombran como Guy Havers es él, es

Craig Majors, ¿verdad? —le interrumpió, anhelante, vehemente la preciosa muchacha.

Y el inspector-jefe de la *London General Insurance*, sin reparos pero con preocupación evidente, repuso:

—Sí…

—Pues no es Craig, aunque se le parece enormemente.

Kirk apuró un sorbo de café.

—Sue Elen…

—¿Sí…? —la ansiedad se le salía por sus preciosos ojazos verdes.

—Me da pánico, imaginar tan sólo, lo que tú estás tratando de hacerme pensar.

Sue Elen bebió el resto de su café.

—Pero a qué ahora, y aunque después de esto… —golpeó con la palma de su derecha ambos ejemplares—, mi idea original de los hechos se distorsione, ¿no se te antoja todo tan absurdo, tan irreal, tan fantasioso, tan de ciencia ficción, eh?

—Es muy grave, Sue Elen. Este asunto es gravísimo.

—¡Por eso precisamente, Kirk! Porque es muy grave quiero saber la verdad de todo lo ocurrido. Por dura y difícil que sea. Por monstruosa.

—Pequeña… —trató de convencerla y autoconvencerse Kirk Seymour—, esto es cosa de la total incumbencia de la policía.

—¡Por favor…! —exclamó ella, con sorna—. ¡No me hagas reír que estoy de luto! La policía… No dudo de que sepan cuál es su trabajo y cómo deben cumplirlo, pero tienen demasiado.

—¡Qué dura eres, muchacha!

—¿Porque me gusta llegar al fondo de las cuestiones?

—Y porque te obstinas, Sue Elen.

—¡Vaya! ¿Me obstino? ¿Por qué no tratas de ponerte en mi lugar?

—No me hallaría... siendo tan bonita como tú.

—¡Kirk! Tú y yo tenemos que aclarar esto.

—¿Yo...? ¿Por qué yo?

—Porque me conociste ayer y sé que te gusto. Y porque en el fondo este misterio empieza a fascinarte...

—¡Eres una diablesa en persona! Pero admito ambos cargos porque también a mí me gusta la sinceridad. Sue Elen..., ¿de veras piensas eso?

—¿Que te gusto?

Sonrió él abiertamente.

—No. Que tu hermano no era lo estúpido que su mujer suponía, que intuyó la jugada que entre ella y el psiquiatra le preparaban y que se les adelantó enviado al cementerio de Guy Havers en su lugar. Que pasado un tiempo... ayer por la noche, valiéndose de ve a saber qué métodos, *salió* de la tumba, con premeditada espectacularidad, con macabra y criminal espectacularidad, dispuesto a sembrar el terror sobre aquellos que suponen haberle asesinado *a él*.

—Es una monstruosidad, una canallada..., pero lo pienso así. Debe ser así y lo admito así, Kirk.

—Entonces, Sue Elen. es que admites también, implícitamente, que tu hermano es un asesino.

—¡Vaya...! —exclamó ella, alterándose una vez más. Nerviosa. Y preguntó—: ¿Según tú, entonces, tenía que dejar que Magali y McKean consumaran sus proyectos?

—Proyectos, pequeña, que están en tu imaginación... *sólo en tu imaginación*, no lo olvides.

—¡Válgame el cielo! ¿Aceptas como normal y lógico que ella y el psiquiatra se hayan casado a los cuatro días de la supuesta muerte de mi hermano? ¿Te parece normal también el repentino fallecimiento de mi tío y su insólito llegado a un muerto?

—Detente, Sue Elen, detente —Kirk extendió la palma de una mano hacia adelante—. Todo son hipótesis. Si tu hermano consiguió realmente camuflar su desaparición sustituyendo el que debía ser su


cadáver por el que era de Guy Havers, hubo de contar con medios y ayuda.

—El cuerpo quedó destrozado dentro del taxi, no lo olvides.

—Pero necesitó la colaboración de alguien para montar esa trama diabólica, ¿no lo entiendes?

—Sí.

— Y se llama asesino al que comete dos asesinatos, aunque uno ya baste para adquirir el calificativo: paso, porque no hay más remedio, porque utilizara a Guy Havers dado el sensacionalismo parecido. Pero ¿a qué viene ese cruel ensañamiento con el sepulturero?

—Tú has hablado antes de premeditada espectacularidad…

—Y añadido macabro y criminal espectacularidad.

—¡Sí, sí, sí, sí, Kirk Seymour! —se desesperó ella. Añadiendo, tratando de calmarse—: Sé que tienes razón. Y creo haber dicho yo también que se me antojaba una monstruosidad. Pero quiero saber el porqué, llegar al fin… y te suplico que me ayudes.

—Pues, así de golpe y porrazo —largó Seymour con una sonrisa masticada entre dientes—, sólo se me ocurre una forma de hacerlo.

—¿Cuál…? —un chispazo de ansiedad, de alivio también, crispaba las bellas facciones de Sue Elen Majors.

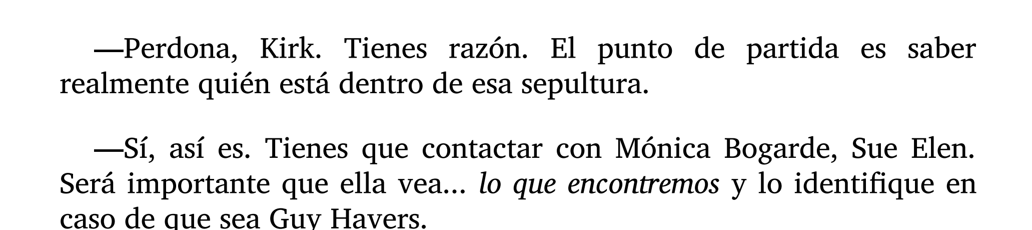
—Darse esta noche una vuelta por el Kensal Green Cemetery y echar un vistazo al interior de esa sepultura de la que, según la vieja, vio salir al Craig Majors que apuñaló a su marido… y que según fuentes policiales no ofrecía la menor señal de violación. Me imagino que las autoridades estarán pensando lo mismo, o lo han pensado ya, y tramitan en estos momentos una orden judicial de exhumación. De ser así, es muy posible que os avisen a tu cuñada y a ti para que estéis presentes. Pero tú y yo, inquieta investigadora, tenemos que anticiparnos a los procesos legales.

—¡KIRK…! —tenía ella sus preciosas pupilas desorbitadas.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Tú estás loco!

—No más que tú, muñeca. Ahora bien, si conoces otro sistema…



Se quedó muy callada. Y anunció al fin, sentenciosa:

—Perdona, Kirk. Tienes razón. El punto de partida es saber realmente quién está dentro de esa sepultura.

—Sí, así es. Tienes que contactar con Mónica Bogarde, Sue Elen. Será importante que ella vea... *lo que encontremos* y lo identifique en caso de que sea Guy Havers.

—¡Es un grave riesgo!

—Que tenemos que correr como se corren otros cientos de riesgos en la vida. Tú eres mujer... ¡y además se te nota considerablemente! ¿No sabrás convencerla de que debe guardar absoluto silencio?

—Creo que sí...

—Yo me ocuparé del resto. Hacen falta muchos detalles. Y me preocuparé de averiguar qué tal se pasa en la penitenciaría de esta ciudad.

—¿Tan poco confías en ti, Kirk?

—Tan nada, muñeca.

—¿No me dijiste ayer que serías capaz de entrar a saco en el infierno y enfrentarte a Satán y...?

—Lo que vamos a hacer es mucho peor que eso. No lo dudes, preciosa.

Bajó ella su cabecita, en silencio.

CAPITULO V

En el rostro hermoso de la fémina, donde unos ojos muy negros, brillantes, contrastaban poderosamente con la cascada áurea que componían sus dorados cabellos cayendo desde lo más alto hasta casi media espalda... en aquel rostro bello de facciones magníficas, suaves, casi perfectas, vivía, estaba latente una ancestral expresión de pánico.

De horror.

—¡Estoy aterrada, Everett! —exclamó al fin.

El la miró rectamente a los ojos tratando de infundirle ánimos y serenidad.

Pero mal podía predicar Everett McKean, de profesión psiquiatra y reciente marido de Magali Lenan, aquello de lo que no tenía un total autoconocimiento. Porque el pánico, a juzgar por su forma de producirse también estaba dentro de él, con la única diferencia de que *lo llevaba* mejor que su flamante esposa, con la ventaja de que tenía sobre sí autocontrol y conseguía, al menos parcialmente, dominar sus emociones.

—Eso es lo que alguien pretende, Magali... *aterrorizarnos*. Y si lo consigue, estamos perdidos porque uno de los dos, queriendo o sin querer, puede hablar más de la cuenta. Si nos mantenemos firmes y serenos, no hay problemas. Nadie puede demostrar nada contra nosotros. No existe la menor prueba, Magali. Tan sólo nosotros, nosotros mismos, en función de ese absurdo terror que tratan de inyectarnos podemos cometer la torpeza que dé el proyecto al traste. Todo ha salido bien, pequeña. Todo... —se acercó para rozar los labios frutales y húmedos de Magali—, Somos millonarios. Tenemos que mantener la calma, querida...

Ella, tras saborear con fruición la boca del hombre que la tenía loca, del hombre del que se había enamorado desesperadamente desde el primer momento que lo viera..., del hombre que había sido capaz de arrastrarla a una situación, primero de amoralidad y juego de complicidad en dos asesinatos; luego de saborear su boca...

exclamó:

—¡Pero él ha salido de la tumba!

—No seas absurda, Magali. Nadie sale de la tumba. Eso no es más que una maniobra para ponernos nerviosos, ¡ya te lo he dicho antes!

—¡Sí, sí, sí! Con la finalidad de que cometamos algún error grave que nos delate. Y eso, Everett, demuestra que hay alguien... *que existe alguien que sospecha de nuestra actuación*. ¿Es que no te has parado a pensar en eso?

Everett McKean evolucionó por la estancia dando vueltas alrededor de su esposa y sonriéndola con suavidad en silencio. Con su rostro de estudiante jovial y despreocupado, de niño prodigio con inteligencia fuera de lo común, características físicas que habían dado el pego a mucha gente, engañando a otra mucha y que él, consciente de su atractivo, de lo cautivador de aquella su falsa ingenuidad, había explotado desde siempre convenientemente y de acuerdo con sus intereses.

Además, físicamente, era un tipo de buen ver, arrollador al decir de la mayoría de las hembras que se relacionaran con él de manera íntima. Alto y delgado pero musculoso. Ágil. Con facciones de niño bueno, travieso y prodigio, que le conferían aquel encanto especial de cara a las mujeres.

Encanto que estaba ejerciendo en aquel instante sobre Magali, tratando de sugestionarla.

—Claro que existe alguien, querida. Y sólo puede ser una persona...

—¿Quién, Everett, quién...? —se angustió ella.

—Sue Elen... tu cuñada.

Magali abrió mucho sus hermosos ojos negros. Casi los desorbitó.

—¿Sue... Sue Elen? ¿Ella...? ¿Tú crees que Sue Elen es capaz...?

—Es la única capaz de ponerse en guardia, de reaccionar desconfiadamente al considerar las muertes de su hermano primero, de su tío después, de nuestra boda, del testamento de Edward Majors y de su legado económico a un difunto por importe de un millón cuatrocientas setenta y cinco mil libras esterlinas... que han pasado directamente a ti y que ayer te fueron entregadas. Sólo Sue Elen,

cariño. Y no podemos permitir que ella nos amargue una existencia que nosotros hemos prefabricado, que nosotros hemos proyectado y estructurado con una perspectiva de futuro maravillosa.

—¿Qué piensas hacer, Everett?

—¡Nada! —estalló él, nervioso. Añadiendo, tras dominar su reacción al instante—: De momento... nada. ¿Es que no lo comprendes aún? ¡Eso es lo que ella pretende! *Que hagamos algo.* No... Mantendremos la calma y la serenidad, Magali. Ahora bien, si trata de progresar con sus trucos maquiavélicos, de incordiarnos con el absurdo terror que ha puesto en movimiento... *me obligará a ocuparme de ella*, ¿entiendes? Pero eso, sólo en caso extremo.

—¡Buf…! Creo que tienes razón. Los muertos no salen de las tumbas así como así...

—Sin que nadie los ayude a salir —sonrió él—, ¡seguro que ninguno sale! Es cuestión de que nos lo tomemos a chirigota, querida. Lo de Sue Elen no es irás que la agonía de los peces fuera del agua. La rabia y el desespero de ver que un millón y pico de libras se han esfumado delante de sus narices.

—¡Ah...! —exclamó ella, sonriente al fin—. Ayer recibí una carta de la London General Insurance, ¿te lo dije, no? —vio que él asentía y prosiguió—: Dice que me pase por las oficinas centrales para concretar de un modo oficial la fecha en que percibiré el importe de los dos seguros, el de vida y el del taxi...

—Cantidad de la que podrás disponer tú sola, total y absolutamente, para que satisfaga cuantos caprichos acudan a tu mente. Para que te compres todas aquellas cosas que el imbécil desgraciado de Craig nunca te supo dar.

—Gracias, amor... —y fue ella a besarle, apasionada.

El terror inicial, por el momento, por ahora, había desaparecido de las hermosísimas y pérfidas facciones de Magali Lenan.

Tras el encendido ósculo, dijo él:

—Nada tienes que agradecerme, muñeca. Es un dinero legítimo tuyo.

—Pero que no llegaría hasta mis manos de no haber mediado tu inteligencia, Everett.

—Más que eso, Magali, el amor... Ese amor desbordante, profundo, que generaste en mí el primer día. El ha sido quien ha estimulado mi intelecto para conseguir que tuvieras todo lo que te mereces. El amor... —la estrechó por la cintura, fuertemente, buscando otra vez sus labios. Y luego—: El amor me ha llevado a hacer por ti cosas de las que me creía incapaz.

Enarcó ella las cejas.

—¿Te arrepientes...?

—¡Eso jamás! Volvería a planear una y mil veces la muerte de Craig Majors y a provocar en Edward Majors un millón de paros cardíacos.

—¿Por mí, Everett? —inquirió ansiosa.

—Por ti, Magali...

Se entregaron con pasión el uno en brazos del otro. Pasado un tiempo, anunció el doctor Everett McKean:

—Acuéstate esta noche y no me esperes, muñeca.

Se sorprendió y mucho la bella hembra.

—¿Por...?

—Te lo dije ayer, ¿no recuerdas?

—¿Ayer...? ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Algo me dijiste sobre una conferencia...

—La que pronunciará esta noche en la sala de actos del Ateneo Cultural de Battersea, el eminente psiquiatra estadounidense y avanzado en las técnicas del psicoanálisis, doctor Terence Bujold. ¡Algo que no me perdería ni muriéndome!

—Pero no regreses muy tarde, ¿eh? Porque ahora... tengo miedo de estar sola, Everett.

—Tranquila, muñequita dorada. En cuanto el profesor Bujold diga la última palabra, ¡salgo volando para acá!

CAPITULO VI

El *modus operandi* de los inspectores de seguros a la hora de poner en marcha una investigación es, en la mayoría de ocasiones, idéntico al que emplean los detectives privados.

Por la sencilla y elemental razón de que la causa que genera tal efecto es la misma que lleva a un *prívate eye,* muchas veces, a iniciar unas pesquisas: asesinato. O supuesto asesinato.

Al detective, indiferente pero profesional frente a la cuestión, le paga un cliente para que averigüe quién y por qué cometió el crimen.

Al inspector de seguros la cosa le llega más de cerca porque su misión consiste en evitarle, posiblemente, un notable compromiso a la compañía que cada mes, de manera religiosa, le satisface los honorarios estipulados en su nómina.

Pero la razón que a ambos les motiva, prácticamente igual.

Y el *modus operandi,* como decíamos más arriba, idéntico.

Kirk Seymour tenía experiencia en el terreno de la investigación. No era la ocasión número uno aquélla, no. Kirk había llevado a buen puerto operaciones más complicadas incluso, pero menos siniestras desde luego.

Exentas de la morbosa teatralidad que rodeaba el asunto Craig Majors.

Kirk, mientras consumía tranquila y pausadamente una taza de humeante crema de café, repasaba con su característica agilidad mental los acontecimientos.

Había empezado escuchando la historia de Sue Elen, sus fantasías, porque la chica le cayera muy bien, demasiado bien, peligrosamente bien... con sólo mirarla una vez.

Pero no había dado el menor crédito a su desbordada imaginación. Incluso pensó, el día anterior, en una rebeldía humana, puede incluso

que visceral, por parte de ella frente al hecho de una herencia millonaria que escapaba de sus manos.

Tras lo sucedido la noche pasada en el Kensal Green Cemetery, el vuelco era espectacular. Y Kirk había considerado, muy seriamente ya, los argumentos de Sue Elen. Aunque desde una óptica más fría y razonada, menos unilateral de la albergada por la chica.

Craig Majors, según las declaraciones de una anciana mugrienta a la que se estimaba fuertemente agitada por extrañas emociones y por haber ingerido excesiva cantidad de alcohol, era reo convicto de haber surgido de las tinieblas de la sepultura y acuchillado a su marido.

La tumba en cuestión, tras ser minuciosamente repasada, no ofrecía la menor señal de violación.

Ahí empezaba la incógnita y ahí, desde luego, iban a principiar las investigaciones de Kirk Seymour. Investigaciones a las que iba a prestas una agilidad mental, y física si llegaba la ocasión, que hubieran envidiado muchos detectives privados.

Se acercó a la barra del snack, con las ideas muy claras y definidas, solicitando del barman la guía de teléfonos alfabético-profesional.

Fue consultándola sin prisas al tiempo que en una servilleta de papel tomaba notas.

Después abonó el café saliendo del establecimiento.

A bordo de su Ford-Fiesta metalizado en gris, se traslado a una de las señas que anotara en la servilleta. Las primeras, para seguir un orden geográfico, de hacerse necesario, a través de la capital neblinosa del Reino Unido.

Pero la suerte iba a estar con él, al menos de entrada.

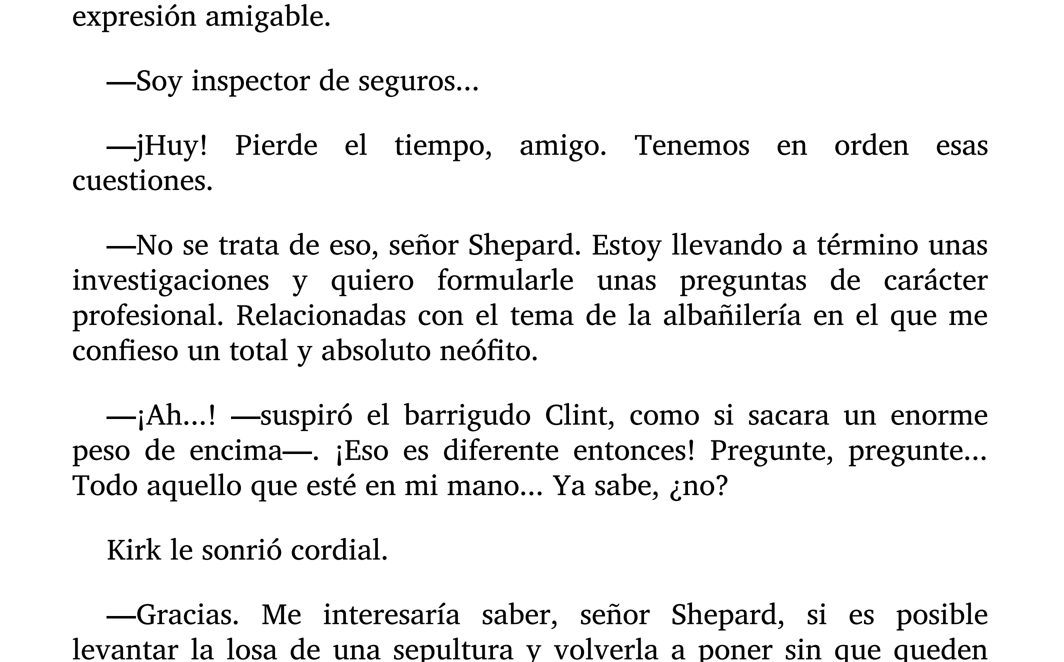
Estacionó el vehículo frente al número 129 de Albany Street.

Un taller de albañilería.

Cuya razón social era: Shepard Hermanos. Albañiles.

Le atendió el mayor de los tres que componían la firma, Clint Shepard.

Un tipo de mediana estatura, calvo, rechoncho, barrigudo, pero con



expresión amigable.

—Soy inspector de seguros…

—jHuy! Pierde el tiempo, amigo. Tenemos en orden esas cuestiones.

—No se trata de eso, señor Shepard. Estoy llevando a término unas investigaciones y quiero formularle unas preguntas de carácter profesional. Relacionadas con el tema de la albañilería en el que me confieso un total y absoluto neófito.

—¡Ah…! —suspiró el barrigudo Clint, como si sacara un enorme peso de encima—. ¡Eso es diferente entonces! Pregunte, pregunte… Todo aquello que esté en mi mano… Ya sabe, ¿no?

Kirk le sonrió cordial.

—Gracias. Me interesaría saber, señor Shepard, si es posible levantar la losa de una sepultura y volverla a poner sin que queden huellas y sin que el cemento empleado en la unión de las juntas ofrezca señales de humedad, de haber sido aplicado recientemente.

La tripa de Shepard se movió, mejor dicho osciló como un enorme flan, al iniciar él una tímida carcajada.

—¡Ya veo por dónde van los tiros! Usted se refiere a esa noticia que ha conmovido a todo Londres…, la del muerto que ha salido de la tumba asesinando a uno de los empleados del Kensal Green Cemetery, ¿no?

—Es usted un Perry Masón cualquiera…

—Mejor me compara con Sherlock Holmes o Hércules Poirot. señor Seymour. Prefiero nuestros héroes nacionales de ficción policíaca que a los que se inventan los escritores americanos. Todavía hay clases, ¿comprende?

—Su sentido patriótico es altamente considerable. Edificante. Todo un ejemplo a seguir… ¿Me decía?

—Pues le iba a decir que sí, que eso puede hacerse. Existen medios modernos de ultrasecado, sistemas artificiales que se emplean con una determinada mezcla de cemento, que permiten eliminar las huellas de! reciente trabajo efectuado. Sólo un largo proceso de investigación con los elementos necesarios llegaría a demostrar lo inmediato de ese

trabajo cuya apariencia ofrece la solidez de otro cualquiera realizado cinco, seis o siete días atrás.

—Y esos sistemas artificiales, esos medios modernísimos de ultrasecado y las mezclas a emplear, es obvio que sólo las dominan los auténticos profesionales, ¿verdad?

—¡Como un templo, amigo! Ningún remendista sería capaz de realizar un trabajo de esas características.

—Usted sí...

—Yo sí. ¡Eh...! Hablo en teoría. ¿Cree que iba a jugarme el prestigio de veinte años involucrándome en semejante canallada?

—Por dinero hay gente que se involucra en muchas cosas feas.

—¡Yo no! Y me parece que está...

—No me refería a usted, señor Shepard. Me he informado con antelación sobre su honradez. Lo que trato es de llegar a la respuesta, a su respuesta. ¿Quién, en el oficio, es capaz de eso por dinero?

Hizo una pausa el titular del taller que regía junto a sus otros dos hermanos. Se mesó con cariño la adiposa papada que pendía de su garganta. Permaneciendo así por espacio de un par de minutos. Reflexivo. Meditando.

—Es... —apuntó al fin—, es muy difícil y complicado responder a eso. Tendría que estar dentro de la piel de cada uno, de su cabeza: Hay por ahí mentalidades muy retorcidas... —casi pegó un brinco al iluminarse, seguramente, el cuadro de su memoria. La barriga osciló de nuevo cuando él exclamaba—: ¡Hombre..., ahora que lo pienso, quizá hay algo que pueda serle útil!

—¿De qué .se trata, señor Shepard? —arqueó las cejas, procurando dominar su nerviosismo, acudiendo a toda se flema británica.

—Bueno, verá..., pienso que me he precipitado un poco. Porque es algo de lo que personalmente no tengo conocimiento, ¿sabe? Rumores, cosas que uno, a veces, escucha por ahí... Me han comentado algunos compañeros de profesión que existe un antro, bar, ¡o lo que sea!, por los alrededores del Soho, donde suelen reunirse hampones del tres al cuarto, tipos que están en la órbita marginal y que anteriormente hablan sido excelentes profesionales en sus respectivos oficios. Son gentes que un día, por la circunstancia que

fuere, delinquieron, se marcaron a sí mismos y ya no han sabido escapar al entorno. A ésos, por lo que cuentan, igual les da que les «contraten» para delinquir con palanqueta, ganzúa y pistola, o que les pongan cualquier operación ilegal vinculada con su antigua profesional. Pienso... que en ese lugar puede encontrarse el tipo que busca.

—Es posible, sí. ¿Cómo se llama el antro?

Se mordió su morcilludo labio inferior.

—Espere..., espere. Me suena y no consigo... ¡Mierda de memoria! Es algo íntimamente relacionado... —Ia panza sanchopancesca, valga la redundancia, pegó un nuevo brinco de oronda satisfacción—. ¡Ya lo tengo! Café de las Artes y los Oficios. ¡Sabía que era un nombre largo pero muy significativo! Eso... Lo que desconozco es su dirección exacta.

—No se preocupe, señor Shepard. Y gracias. Muchas gracias. Me ha sido usted de gran utilidad.

—Ya lo sabe, ¡hombre! ¡A mandar! Siempre a mandar. Aquí estamos a su servicio para lo que usted...

Seymour le tendió la diestra en señal de despedida para cortar su profesional verborrea, saliendo acto seguido, con rapidez, del taller de albañilería.

* * *

El Soho...

Emporio londinense del delito y la perversión.

Como lo hay en cualquier parte del mundo, ¡valga la paradoja!, civilizado.

Un mundo diferente dentro del mundo cabal, que la sociedad establece en todas las ciudades de cada país, un mundo que está en contraposición con el otro por aquello de lo que pueda definirse donde está el bien, donde termina... para dar principio al mal.

Se trata de una filosofía tan real como rebuscada: lo del bien y el

mal tuvo su primera escenificación junto al tronco de un árbol en el que un buen día apareció enroscada una serpiente pregonando las excelencias de una sabrosa manzana.

Lo que les había costado a Eva y Adán salir en cueros del paraíso terrenal.

Pero lo cierto es que el Soho formaba en Londres otro mundo distinto al que le rodeaba.

Y formaba un mundo falso, también. Hecho de cuerpos aparentemente perfectos, de luces de neón, insinuaciones abiertas, mucho color y un especial ruido de fondo, pero que ello cumplía a la perfección su papel de *ghetto* de carne, placeres, pasiones malsanas, elucubraciones morbosas, proyectos delincuentes, delincuentes con proyectos cuya realidad acabara concluyendo en una comisaría de camino a la cárcel, etc., etc.

Esa es la misma grandeza que encierra la real miseria de los mundos como el Soho.

Kirk pensaba eso, pero lo pensaba fugazmente.

El iba a lo suyo.

Por eso pegó un codazo que tuvo mucho de violento al tipo esmirriado, pitillo colgando del labio, chaqueta raída con el cuello alzado, que se recostaba contra uno de los pilares que componían los soportales de la placeta.

—¡Eh...! ¿Pero qué coño se ha creído...? ¡Hombre! ¡Pero si es el señor Seymour! ¿Cómo usted por aquí?

—Contra mi voluntad, enano maléfico. Como cada vez que me veo obligado a asomarme. ¿Tú qué, Mike? Tan golfo y tirado como de hábito.

—¡Joder, señor Seymour! No hay vez que venga que no me ponga usted de vuelta y media.

—Es que eres una basura de tío, Mike. Un chulo barato que vive de cuatro viejas macilentas, del chivaterío y de algún que otro tirón de bolso por los autobuses y el Metro. Cómo quieres que te ponga, ¿eh?

Mike Cooper rehuyó una polémica en la que llevaba todas las de perder.

—¿De qué se trata esta vez, señor Seymour? ¿Qué póliza es la que no quiere abonar su compañía?

Le metió otro codazo que obligó a encogerse al canijo.

—No seas mordaz, ¿eh? Un tío de mierda como tú no puede hablar así de la gente que se supone honrada. ¿Está claro, golfo?

—¡Vale, vale...! ¡Pero no me arree más codazos, leche! Duelen, ¿sabe?

—Sé... Compro información a buen precio.

—La bolsa informativa ha subido en los últimos tiempos...

— Deja que yo juzgue la cotización, ¿eh? Necesito un buen albañil, Mike. Me han dicho que los hay por un sitio llamado Café de las Artes y los Oficios. Necesito el mejor. Uno que sea capaz de levantar una losa de un sepulcro y volver a ponerla, intacta, sin que se note que ha sido tan siquiera rozada.

—¡Eso está «cupao», señor Seymour! ¿Cuánto ofrece?

—Veinticinco...

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Dónde va con esa miseria?

Codazo. Exclamación de dolor. Y:

—Treinta, basura. Es mi última palabra.

—¡Y su último codazo! Acepto, acepto... El tipo se llama Leslie Burton. Es el mejor... ¡de largo! Venga la pasta, ¿no?

Le metió unos billetes en la mano extendida que el chivato arrugó al instante metiéndolos en el bolsillo de su mugrienta y raída chaqueta.

—¿Dónde está ese café, canijo?

—¡Muy cerca de aquí, señor Seymour! En el número 26 de Windmill Street. Pero vaya con cuidado que esa calle está llena de putas. Dos por portal y cinco por esquina. Le harán muchas proposiciones desh...

El cuarto codazo dejó a Mike Cooper sin respiración y con las palabras cortadas a ras de boca. De sus sucios morros.

—¡Qué gracioso eres!

Kirk Seymour se alejó, dejando a! otro retorciéndose, camino de aquella callejuela donde las prostitutas hacían proposiciones de toda clase y precio, según los «servicios» ofertados.

Daban pena la mayoría y asco casi todas.

El número 26.

¡Y tanto que era un tugurio!

Hizo tripas corazón y enfiló el pasadizo sembrado de *call-girls* que pedían a gritos plaza en un asilo; corredor sembrado también de pósters pornográficos por el que se obtenía acceso al Café de las Artes y los Oficios.

¡Menudo arte!

Un marica que hacía muy poco por disimularlo le salió al encuentro intentando decirle que *ella* lo hacía mejor que las titulares del sexo femenino, más barato y que...

Kirk, sin demasiado miramiento, le metió un rodillazo donde los hombres, y también las mariconas para desgracia de *ellas*, solían llevar las pelotas que *ella*, al punto, le subieron a la garganta.

Cuando empezaba a encogerse llevándose las manos velozmente para abajo, Seymour le clavó la rodilla de nuevo, esta vez en la cara, y lo puso, patas arriba como una cucaracha.

¡Si alguien hubiera observado la metodología mundana del inspector jefe de la London General Insurance se hubiera quedado de piedra!

Porque todos le tenían por un hombre exquisito y educado. Por un verdadero *gentleman*.

¡Sí, hombre! Estaba la cosa como para ir de *gentleman* por el Soho.

Aquello olía a mil y un demonios.

—¡Qué peste..., puaf! Hijos de perra. No se lavan ni por prescripción facultativa.

¡Pues anda que ¡as tías que se daban el pico con ellos, no habla por donde cogerlas! Las chicas de ellos, las que los mantenían cuando

ellos no tenían un delito que llevarse a la práctica... Ellas, las nenas, cuya mayoría le había dado la vuelta a los cincuenta desde hacía tiempo, trataban de ahogar el sudor y el hedor de sus partes pudendas, con derrame de colonias baratas y comercialmente hediondas, lo cual, hacia la atmósfera irrespirable, inaguantable.

—No entiendo cómo pueden pasarse el día aquí metidos —siguió monologando Seymour para sus adentros— y sobrevivir al mismo tiempo. ¡Son de otra pasta, desde luego! Lo que decía aquél sobre lo sabía que era la naturaleza, si no, no se explica.

Codeando entre gente y cerrando la pituitaria, en lo posible, a los efluvios penetrantes, alcanzó la barra.

—¡Eh, tú...!

—¿Dígame, señor? —entendió al punto que Kirk era *distinto*.

—Busco a un tal Leslie Burton. Me han dicho que para por aquí.

Hizo el camarero, o lo que fuese, un gesto bastante revelador. Explícito y elocuente.

—¡Eso pasó a la historia, señor! A Leslie le ha tocado una... *quiniela* —entonó la palabra significativa y remarcadamente—. Tardará en volver por aquí. Bueno..., tardará todo el tiempo que tarde en gastarse la «tela».

—¿Qué clase de... *quiniela*? —acompañó Seymour la pregunta con un billete que tendió al camarero, o lo que fuese.

«O lo que fuese», atrapó el billete al vuelo.

—Hizo ayer un trabajito para alguien y está claro que se lo pagaron de puta madre.

—Ya... Leslie es albañil, ¿no?

—Y de los buenos, señor. Creo que la... *quiniela* ha tenido que ver con el cemento.

—¿Dónde puedo dar con él?

«O lo que fuese» se hizo el remolón. A fingir dudas, a vacilar, a hacer demostraciones extremas de que su cabeza, lo cual era mucho suponer, estaba pensando a marchas aceleradas, etc.

—Pues... esto, la verdad... Ya sabe, ¿no? Esos tipos... Estoy intentando deducir... Claro que se hace muy difícil... Porque... Usted ya lo entiende, ¿verdad? Esos individuos en cuanto tienen unas libras en el bolso... ¿Dónde diablos podemos suponer que...? ¡No, no quiero equivocarle, señor! Y de veras... Claro que...

—¿Pensarías mejor, más coherentemente, con menos dosis de cinismo, al socaire de otros veinticinco?

—¡Se nota que es usted todo un caballero!

—Pero no intentes tomarme el pelo, cabrón de mierda... —soltó, inesperada y groseramente, de una forma impropia de un caballero, pero nítidamente comprensible para un tipo como «o lo que fuese»—, porque salto detrás del mostrador y te pateo. ¿Entiendes?

El barman se giñó. Porque él sabía captar cuando alguien soltaba bravatas o era muy capaz de hacer lo que estaba diciendo.

—Sí... ¿Los veinticinco? —Kirk se los dio y «o lo que fuese», dijo—: Leslie vive con una chavala del strip-tease, Myrna Cárter. Viven en el apartamento de ella.

—¿Señas?

—Eso no lo sé... —Kirk se aupó sobre la barra y el barman, asustado, bramó—: ¡Espere, hombre, espere! ¡Por favor...! ¡Déjeme terminar!

Seymour detuvo la acción:

—¡Habla! Pronto o te crujo.

—Myrna actúa en una de las salas que tienen abierto las veinticuatro horas del día —largó de un tirón. Añadiendo con singular presteza—: ¡Muy cerca de aquí, señor! En el 107 de Demman Street. El local se llama Pimpernel.

Giró de espaldas abandonando aquella guarrería al instante.

CAPITULO VII

—Se está preparando para actuar, señor —le contestó uno de los que «cortaban» el bacalao en el Pimpernel.

—¿Y su amiguito Leslie?

—Debe estar con Myrna en su camerino.

—¿Y dónde está el camerino de Myrna, mi querido informador?

—Oiga, señor..., comprenda que no...

—No me he distinguido nunca por ser un tipo comprensivo. ni muy estimado colaborador. Usted se ha metido dos libras en su bolsillo procedentes del mío y ello, está fuera de toda duda, me autoriza a saber dónde se encuentra el camerino de marras.

El otro suspiró nervioso.

—Bien, sí... ¡Pero no diga que yo le he informado!, ¿eh?

—Nunca digo más de lo que debo decir.

—¿Ve aquella escalerilla de caracol que hay al final de la barra? Por ella alcanzará el altillo. Hay un corredor. Es la puerta dos de la izquierda.

—Gracias, buen samaritano.

Y siguió al pie de la letra las indicaciones del buen samaritano, pasando al linde de un vetusto escenario donde una cuarentona se estaba despelotando ante el babeo de la concurrencia, con más procacidad que arte.

Escalerilla arriba que te crió, pasadizo por el que caminas y puerta dos de la oposición gubernamental —léase izquierda— con la que te das casi de bruces.

La abrió, violentamente.

De par en par.

—¡Ooooh!

Y tras el gritito corrió por una bata que colgaba del biombo para taparse las vergüenzas que exhibía al abrirse inesperadamente la hoja de madera.

—¡Pero...! ¿Qué diablos se ha creído usted? ¿Quién supone que es, qué derecho...? ¡Se lo voy a explicar de otra manera, hombre!

Así se manifestó el menda que sentado cómodamente en un «puf» de skai contemplaba con libidinoso embeleso el *strip-tease* detallista y excitante, que sólo para él efectuaba Myrna Cárter.

Y avanzaba hacia Kirk Seymour.

—No seas zoquete, Leslie. Si extiendes una mano te la voy a quebrar, con brazo y todo, para los restos.

—¡Ah...! Encima chulerías, ¿eh?

Se abalanzó tratando de darle con el puño en la cara.

Pero la cara de Seymour no se hallaba donde Burton había calculado en función de la más elemental de las lógicas. Lo que sí estaba era la rodilla derecha del desconocido que, con fuerza inaudita, se incrustó en mitad de la jeta del albañil, hoy delincuente, produciéndole un impacto tan estremecedor que millones de lucecitas brillaron, bailaron grotescas, delante de unos ojos que se habían cerrado, instintivos, ante el violento trallazo.

—¡Le va a matar...! —chilló la grosera Myrna, cayéndose la bata al alzar las manos—. ¡Déjelo!

— En seguida, preciosa...

Pero antes lo cazó con un gancho de zurda que llevó a Leslie por los aires, estrellándolo contra el biombo, enredándolo en su caída, clavándosele en los riñones, trompicando hombre y utensilio contra la banqueta del tocador, rebotando en Myrna y acabando lodos, ridículamente, en tierra.

—¿Sigo... o dialogamos?

Leslie Burton, hecho un dolorido ovillo de carne, apartó a puntapiés biombo y banqueta. Y casi a Myrna también.

—¡Me vas a hacer daño... idiota!

—¡Cierra el pico, pendón!

—Las discusiones familiares guárdenlas para luego, ¿eh? —intervino Kirk.

Leslie, aviesamente pero asustado, miró al desconocido que había penetrado en el camerino como un vendaval.

—¿Que... qué quiere de nosotros?

—De ti para ser concretos, buena pieza. Quiero hablar contigo de... cementerios.

Leslie Burton, al instante, se quedó lívido. Pálido como un muerto. Más pálido, casi, que cualquier muerto de cualquier cementerio.

Aquel tipo había dicho... CEMENTERIOS.

—No..., ¡no comprendo!

—Me explicaré y en seguida entenderás —sonrió, burlón y agresivo, peligrosamente agresivo, el en otros círculos considerado todo un gentleman. El flemático y apuesto inspector-jefe de la London General Insurance por quien Belinda Chatel y alguna otra, quizá ahora también Sue Elen Majors, bebían los vientos. Puntualizando con remarcado énfasis—: Losas que desaparecen, losas que aparecen..., muertos que salen de las tumbas, muertos que vuelven a las tumbas..., resucitados que acuchillan sepultureros... ¿A que se me entiende todo, Leslie?

Sudaba. Lo mismo que si estuviera realizando un agotador trabajo.

—¡Le juro... —no había la menor convicción en su inicio de juramento, no existía seguridad ni aplomo en la mentira iniciada—, le juro que no sé lo que quiere...!

Kirk Seymour, lo mismo que si tuviera alas, se plantó frente a Burton.

Y le pegó una patada en la cara que estuvo en un tris de arrancársela de cuajo del cuello.

Le dio media vuelta, eso sí.

Y cuando volvía al frente, lo hizo salpicando de sangre todo lo que

halló en el medio giro de regreso.

—¡Oh…, qué asco! —exclamó Myrna, cuyos pechos resultaron rociados con la viscosa pringue escarlata—. ¡Qué horror! ¡Aaaags!

—Te voy a patear, Leslie Burton… —siguió Seymour, aparentemente tranquilo, implacable, sin impresionarle lo más mínimo la máscara de sangre y babas en que se había metamorfoseado el rostro del otro. Añadiendo—: Te voy a patear, a masacrar metódica, matemática, brutal y despiadadamente, Leslie Burton, si no me cuentas con pelos y señales lo que hiciste ayer por la noche en el Kensal Green Cemetery. Como en los concursos de la tele, tienes treinta segundos de tiempo para empezar… y todo el tiempo del mundo para explicarte.

—¡Suelta la lengua, idiota! —le estimuló ella «cariñosamente»—. ¡Díselo! ¿O prefieres que ese bruto te despedace? Yo… ¡me buscaré otro al fin y al cabo! —la chica era todo un poema consolador y le daba una moral al sangrante que ya la tenía por los suelos, que era como para pegarse veinte tiros—. ¡Tú eres el que va a perder!

—¡Calla ya, furcia de mierda! Como vuelvas a pronunciar…

—Veinticuatro segundos, veinticinco…

—¡Vale, vale…, vale! ¡No me pegue más!

—Eres un tío de lo más razonable que he conocido, Leslie. ¿Decías que fuiste al cementerio y…?

—Recibí por la mañana una misteriosa llamada al Café de las Artes y Oficios —se disparó, lengua por delante, el delincuente de tres al cuarto—. ¡Así empezó todo!

—Me tienes en ascuas. ¿Qué te dijeron por teléfono, aprendiz de canalla?

—Primero… me ofrecieron mil libras por un trabajo. Mil libras… son muchas libras para dejarlas pasar así como así. Pregunté de qué se trataba y me contestaron que tenía que estar a las nueve en punto de la noche en el cementerio de North Kensington con todo el material necesario para alzar una losa de manera impecable, sin dejar huella, sustituyéndola por otra igual de cartón piedra. Objeté que eso era un delito muy grave y…

Dudaba.

—Y... ¿qué?

—Subieron la cantidad a mil quinientas.

—Con lo que tus escrúpulos se volatilizaron, ¿verdad?

Afirmó con la chorreante cara, cuya sangre contenía con la bata de Myrna. Ella tras alzarse, había comenzado a vestirse para su pase de strip-tease. Prosiguiendo el albañil:

—Le dije, eso sí, que un trabajo así no podía realizarlo solo. Que necesitaba un par de ayudantes. El comunicante me contestó que ése era problema mío... pero que me sirviera de peones que supiesen mantener la boca bien cerrada si no queríamos todos ir a parar, como «inquilinos», al cementerio. Contesté que por esa parte no había problema. Me llevé a Prost y Walker...

—Yo tengo que actuar dentro de tres minutos —interrumpió Myrna, solicitando con la mirada, inteligentemente, la aprobación de Seymour para salir del camerino.

—Lárgate, prenda. Pero como alguien venga a interrumpirnos... te aseguro que aunque éste se muera no podrás buscarte otro. No con la cara que yo voy a ponerte, ¿eh?

Asintió, saliendo rápida.

—¿Qué pasó en el Kensal Green Cemetery? —inquirió Kirk cuando la tía se hubo largado.

Leslie, limpia de sangre que te limpiarás, tragó saliva.

—¡Eso no se ve ni en las películas de terror!

—Al grano, Burton.

—Nos encontramos con un tipo vestido de negro rigurosamente y encapuchado hasta la mitad del torso, que dijo ser la persona que me había telefoneado. Con él entramos en el cementerio y nos llevó a la tumba de un tal... Majors, Craig Majors creo. Hicimos nuestro trabajo: sacar limpiamente la losa. El enmascarado nos dijo entonces dónde estaba la de cartón piedra que debía sustituir la de granito. Fuimos por ella y al regreso la encajamos sobre la sepultura. El de la capucha nos dijo que saliéramos por el mismo acceso empleado para entrar y que regresáramos a la una en punto. Así lo hicimos... ¡le juro que yo no contaba con aquello!

—¿Qué era... aquello?

—El viejo. Lo habían acuchillado brutalmente y estaba tirado en la grava junto al tronco de un ciprés. Un espectáculo nauseabundo, ¡se lo juro! El de la máscara pareció leer el pensamiento puesto que me significó que éramos cómplices y por tanto reos de delito con igual cuantía inculpatoria y condenatoria. Yo sabía perfectamente que estaba en lo cierto comprendiendo que no tenía más opción que seguir adelante.

—Y entonces colocasteis la losa genuina, ¿no?

—Sí. Eso hicimos.

—Empleando medios sintéticos de secado y un cemento especial, ¿verdad?

Cabeceó contundente. Prosiguiendo Kirk:

—Bien, Leslie, bien. Así que profanador de tumbas, ¿eh? Eso representa bastantes años de talego, ¿lo sabes? —le vio asentir nuevamente y dijo—: Yo, ahora, podría llevarte de la mano a Scotland Yard, dándole opción a esa golfa a que te pusiera los cuernos por los siglos de los siglos... Pero no me parece justo impedir que sigas revoleándote con ella.

Brillaron los ojos de Burton y hasta se olvidó de seguir limpiándose la sangre.

—¿De veras que no me va a denunciar? ¿Habla..., habla usted en serio?

—No lo sabes bien, pequeño. Pero mi silencio, claro, pide un pequeño favor.

Leslie se animó notable y notoriamente.

—¿Cuál...?

—Que esta noche... vuelvas a levantar la losa de marras.

Se quedó lo mismo que si Seymour le hubiese propinado otra demoledora patada en mitad de su jeta destrozada y sanguinolenta.

Tardó treinta largos segundos en articular:

—¿Cóm...o, cómo ha... dicho?

—Tal como lo has oído, basura. Que esta noche, tú, Prost y Walker, trabajéis gratuitamente para mí. Bueno, a cambio de mi mutismo como te he dicho, desde luego. Sacáis la losa, luego el ataúd, yo miro lo que hay dentro, lo devolvemos al fondo de la sepultura y se coloca de nuevo la losa sin dejar huellas, con ese sistema tan profesional vuestro, ¿eh? Así de sencillo. Y luego podrás disfrutar a tope de las marranadas que haces con Myrna y de las mil y pico de libras esterlinas. ¿Qué te parece, Leslie Burton?

—Lo mismo que el encapuchado, no me deja usted opción.

—Pues ahora, maestro albañil, te vendrás conmigo e iremos por Prost y Walker. Te diré la verdad: no me fío de dejarte solito, ¿sabes? Podrían acometerte tentaciones de desaparecer. ¡Arriba y andando, muchachote!

—¿Quiere que vaya por la calle con esta cara...?

—Ya nos meteremos en una farmacia de personal discreto para que te la arreglen un poco. ¡En marcha, Burton!

CAPITULO VII

Eran las diez de la noche y algo más.

Desde donde estaba el grupo de personas se divisaba perfectamente una de las entradas del Kensal Green Cemetery.

Mónica Bogarde estaba muy alterada, nerviosa.

Todos lo estaban sin lugar a dudas. Pero la mujer más que nadie. O no lo sabía disimular y los demás sí.

—Mónica... —trató de animarla Seymour—, no sé si exactamente es un bien o un mal lo que voy a hacerte. Pero se trata de que nos ayudes y de ayudarte a que termine tu incertidumbre.

—Lo siento, señor Seymour. Tengo mucho miedo, ¿para qué voy a engañarles? Pero estoy dispuesta a sufrirlo. Prefiero la realidad, un millón de veces, por dura y cruel que sea... a la duda horrible que lleva cinco largos meses consumiéndome.

—¡Animo, chica! —exclamó la bellísima Sue Elen. Añadiendo—: Esperemos que todo sea para bien. Aunque en ese lugar... —ladeó la cabeza hacia el cementerio—, no sé qué podremos hallar que sea de bien.

—En tu afán de arreglar las cosas —la reconvino Kirk—, no haces más que estropearlas. Por qué no mantienes la boca cerrada, ¿eh, bonita?

—Huuuuum...

—¡Oiga, jefe! —exclamó Prost, el que iba en el asunto de peón de albañil—. Usted sabe lo que nos jugamos si nos pescan, ¿no?

Kirk, con mala leche, le atrapó por la solapa de una ajustada cazadora de pana que cubría el esquelético cuerpo del menda. Y zarandeándole, dijo:

—¡Eso tenias que haberlo pensado ayer, cerdo! O es que cuando se

hace gratis se corre más riesgo, ¿eh?

—¡Bueno, bueno...! —intervino Walker—. Tranquilo, hombre. Nosotros vamos a cumplir nuestra parte en el trato y esperamos que usted cumpla la suya.

—Leslie ya os habrá dicho que soy un tipo de palabra. Y ahora, basta de palabrería. ¡Andando!

Se dirigieron a la entrada del cementerio que desde allí avistaban. Kirk, con una habilidad que nadie hubiera podido sospechar, ni imaginar, en un inspector de seguros, forzó rápidamente la medio herrumbrosa cerradura.

—¡Entrar por aquí me impresiona, coño! —exclamó, haciendo un gesto elocuente el llamado Walker.

—¿Es que acaso ayer entramos con helicóptero? —se burló Leslie Burton.

—¡Silencio! —recomendó Kirk.

Las dos mujeres iban muy cerca de él fuertemente estrechadas la una a la otra.

—Pero no es lo mismo un cementerio en sombras que los carnavales de Río —insistió Walker. Matizando—: ¡Se entre como se entre!

—¿Quieren callarse de una puñetera vez? —Kirk se plantó, amenazadoramente agresivo frente al persistente Walker—. La próxima vez que le oiga hablar le desencuaderno las orejas a puñetazos, ¿está claro?

Walker tragó saliva y asintió con la cabeza.

Seymour pasó de nuevo a encabezar la insólita' comitiva, encendiendo la potente linterna de piloto rojo intermitente que empuñaba con la diestra.

Avanzaron, escuchando el siniestro crujido de la grava bajo sus pisadas.

En absoluto silencio ahora.

El sendero, unos quince metros por arriba, describía una amplia curva internándose ya en la necrópolis. En mitad de la curva se erguía

un imponente monolito rematado por una cruz tosca salpicada de herrumbre. Kirk proyectó contra él los chispazos luminosos y todos pudieron leer, con vivos y manifiestos estremecimientos:

> EN LA AURORA Y MEDIODÍA DE LA CORTA PEREGRINACION SOBRE LA TIERRA, CUANDO ' EL MUNDO SE MUESTRA SEMBRADO DE FLORES Y CARICIAS, DE FANTASIAS Y ESPERANZAS VANAS, DE TARDE EN TARDE Y SIEMPRE A LA LIGERA, SUELE VISITARSE EL LUGAR PAVOROSO DONDE LOS QUE AYER VIVIAN… DUERMEN HOY EN EL PROFUNDO SUEÑO DE LA MUERTE.

—¡Joder! —no pudo contenerse Prost, ahora—. ¡Qué edificante! Ayer no pasamos por aquí, desde luego.

Kirk ladeó la testa y el peón de albañil cerró el pico al punto.

Siguieron avanzando.

—¡Ahí a la derecha! —exclamó Leslie Burton—. En el pasillo C. señor Seymour.

—Ya lo sé…

Las chicas se apretaban, apiñaban cada vez más, batidas por un miedo secular, el que producía el sólo nombre de camposanto, una contra la otra.

Rodearon el filosófico pedrusco. Seymour se dirigió hacia el camino indicado por Leslie y que él ya conocía, puesto que previamente y con luz del sol todavía se preocupó, por la tarde, de efectuar un breve recorrido por el Kensal Green Cemetery.

Ululó el viento por entre las copas de los agudos y estáticos cipreses, lo cual puso una nota de *in crescendo* en el temor de las muchachas. Y de los hombres también, que todo hay que decirlo. El silbido tuvo la cadencia inquietante de una melodía macabra.

Y para completar la pincelada espectral y como si obedeciera a una misteriosa llamada de ultratumba, apareció la luna en el centro del firmamento moteado de brillantes puntitos luminosos, y sólo durante fugaces instantes pareció quedar inmóvil, suspendida, encima de la

ciudad de los muertos.

Bajo la hiriente luz de sus destellos, el panorama que ofrecía el camposanto era sencillamente horrible.

Lujosos mausoleos, sepulturas modestas, atavíos luctuosos ornamentando artísticos panteones, pulidas losas de blanco mármol, otras de sencillas piedras...

La expresividad de la muerte también se cimentaba en la proyección social y económica que se hubiese tenido en vida.

Absurdo, pero cierto.

Kirk Seymour se detuvo, echando el cono luminoso sobre la losa de granito.

—¡Leslie...!

—Sí, sí. señor. Empezamos ahora mismo. ¡Venga, chicos!

—Cuanto antes acabemos mucho, mejor —anunció Prost, echando al suelo la gaveta que contenía parte de las herramientas.

Walker hizo lo propio.

Leslie Burton, sirviéndose de la luz proyectada por Seymour se acercó , a la sepultura. Tocando las juntas de los vértices inferiores con la yema de los dedos, anunció:

—Los cantos son los más delicados. Procederemos como lo hicimos...

¡BANG!

El impacto atronó el silencio que envolvía la necrópolis.

El proyectil barrenó la nuca de Leslie Burton dejando sin voz su garganta, sin aliento sus labios, sin aire sus pulmones... doblándolo trágicamente encima de la tumba que, por segunda vez, se disponía a profanar.

—¡Maldita sea! —bramó Kirk, tirándose en plancha encima de las aterradas muchachas—. ¡Al suelo!

—¡Estamos perdidos! —se desesperó Walker—. ¡Es una emboscada!

Cometiendo a renglón seguido el grave error de echar a correr por entre mausoleos y tumbas, entre panteones y criptas, ofreciendo un blanco zigzagueante, pero blanco al fin y a la postre.

¡BANG! ¡BANG!

Walker fue cazado como un conejo.

El primer proyectil le entró por la izquierda de la garganta, justo bajo la oreja, desplazándolo violentamente contra una sepultura, el borde de cuya losa le aumentó el mortal trastabilleó. El plomo número dos le barrió prácticamente la cabeza empujándole con tal violencia hacia adelante, que el peón de albañil transcrito al mundo de la delincuencia, tras un espectacular giro cayó encima de la cruz de hierro que atravesó su pecho con horribles desgarros salpicando de rojizos borbotones viscosos el horror de la noche.

—¡Ooooooh! —chilló Sue Elen, tapándose los ojos.

—¡Me voy a volver loca! —gritó a su vez Mónica.

Kirk las había empujado hacia detrás de un grueso arbusto cuyo tronco les servía de protección.

—Si no mantenéis la calma, estamos perdidos —dijo él, sereno. Añadiendo—: Están disparando desde allí... —extendió el índice de la diestra al frente y a la derecha—, desde aquella rotonda formada por panteones convergentes que se abren en abanico. Sue Elen...

—¿Sí?

—Vas a ser todo lo valiente que las circunstancias nos exigen, ¿verdad? —y besó, suavemente, los sedosos cabellos de la hembra.

—Sí, sí... Kirk. Haré lo que tú digas.

—Toma... —Seymour había sacado de su bolsillo interior un negro y pavonado artefacto.

Sue Elen tendió la mano y al contacto de aquello, exclamó:

—¡Es una pistola!

—Exacto. Un revólver marca Cok, para ser más exactos, del calibre 38. Y tú, pequeña, empezarás a darle al gatillo, cuando hayas contado diez desde el momento en que yo empiece a rodear la posición del que nos quiere integrar en el censo de esta casa. ¿Está claro?

—¡No tengo puntería! ¡No he disparado nunca en mi vida!

—¡Yo sí…! —exclamó, resuelta, Mónica Bogarde—. Trae.. —Y casi le arrebató el arma de la mano. Inquiriendo—: Sólo debo disparar para distraer su atención, ¿verdad, señor Seymour?

—Exacto, Mónica. ¡Bravo! Y ahora, desde el instante en que yo me aleje, contar diez. Luego, ve disparando metódicamente hasta agotar el tambor.

—De acuerdo…

—¡Ahora! —y se alejó, reptando sobre la grava, el sorprendente inspector jefe de la London General Insurance.

—Uno… —comenzó a contar Sue Elen—, dos…, tres…

Seymour avanzaba, como en los buenos tiempos del ejército, hacia el enemigo. Pero un enemigo real esta vez. Peligroso. No el componente de un supuesto táctico como entonces. Ahora se trataba de un enemigo dispuesto a matar… al que había que matar.

— …¡diez! —gritó Sue Elen—, ¡Ahora, Mónica!

Y estalló el primer disparo.

Y fracciones de segundo después, el otro.

¡BANG!

Quién les había agredido, replicó a la inesperada respuesta que en forma de plomo silbaba muy cerca de él.

¡BANG!

Mónica apretó el gatillo por tercera vez.

¡BANG!

Mientras Seymour ya culminaba, casi, su maniobra envolvente.

Vio el bulto en la oscuridad amparándose tras la silueta de un ciprés.

Tal como se lo dijera Leslie Burton.

Completamente vestido de negro y cubierta la cabeza con un largo

y amplísimo capuchón.

¡BANG!

Kirk calculó, tras izarse sobre la losa de una tumba marmórea, Ía distancia que le separaba de su enemigo.

Luego, como en busca del agua de una piscina, salió por los aires con ambos brazos extendidos.

¡BANG!

El fulano, como si tuviera ojos al reverso de la capucha o un misterioso sexto sentido, se revolvió cuando sólo le quedaban a Seymour fracciones de segundo de planeo.

—¡Maldito...! —rugió el enmascarado al tiempo que se ladeaba, enfilando el cañón de su pistola hacia la testa de Seymour.

Kirk no pudo atraparle como tenía previsto, pero sí su mano derecha golpeó con fuerza sobre la muñeca armada obligando al encapuchado a soltar el arma que, con macabro y apagado «ploc», cayó en tierra.

—¡Hijo de perra! ¡Te voy a destrozar!

—Se acabó tu macabra escenografía, fantasmón...

Esas palabras las cruzaban mientras ambos rodaban por encima de la gravilla que cubría el piso del cementerio, terriblemente abrazados, tratando de cambiarse golpes brutales y nada ortodoxos.

¡BANG!

En la vorágine de giros y vueltas que daban con velocidad ambos contendientes, Kirk tuvo la desgracia de que su nuca contactara con una piedra demasiado saliente, sumiéndose en una momentánea inconsciencia.

El enmascarado se alzó veloz.

¡BANG!

Estalló el último disparo efectuado por Mónica.

Pero el agresor ignoraba ese detalle y más bien supuso que a aquél, seguirían nuevos balazos. Eso le hizo desistir de la idea inicial de

machacar a Seymour y rápidamente, sin entretenerse tampoco en buscar el arma que había perdido en la embestida del otro, agachándose precautorio, zigzagueó entre tumbas, losas y cruces, alejándose hacia la más inmediata salida del camposanto.

Tras unos instantes de silencio una angustiada voz femenina, gritó:

—¡Kirk…! ¡Kirk! ¿Qué ocurre?

Y otro registro de mujer, preguntó:

—¿Está bien, señor Seymour?

Prost, que hasta aquel instante había permanecido con la jeta aplastada contra la grava, se alzó poco a poco, prudentemente, y tuvo el rasgo de reptar hacia el punto donde suponía se encontraba Kirk.

Lo halló.

—¡Eh, señoras! ¡Vengan! ¡Está aquí…!

Sue Elen y Mónica corrieron hacia el sitio desde donde Prost las llamaba. Cuando llegaron a su altura, Seymour comenzaba a dar señales de vida.

—¡Maldit…! Se ha escapado, ¿verdad?

—Eso me temo… —susurró Sue Elen, inclinándose para besarle la frente.

—¡Y ahora tenemos que largarnos nosotros, señor Seymour! —exclamó Prost—, Los disparos habrán alarmado a los empleados que viven aquí y también a la gente de la vecindad… ¡En menos que canta un gallo tenemos a la bofia aquí!

—Es cierto…, sí —admitió Kirk, torpe todavía—. Debemos largarnos del cementerio inmediatamente. Lo siento por ti más que por nadie, Mónica. Pero las circunstancias mandan, ya lo ves.

—Tranquilo, Kirk —sonrió la valiente mujer—. Las cosas no siempre salen como pretendemos. Tu intención —le tuteó por vez primera—, valía la pena que corriéramos el riesgo. Buscabas soluciones para ti y para mí, pero no ha podido ser…

Prost, echando ambas manos al cielo tachonado de estrellas, de fragmentos de luminosa luna y del hechizo macabro que hasta las alturas trasladaba la influencia siniestra de la necrópolis, se

desesperó:

—¡Pero... coño, paren ya de «cascar»! Es que no se enteran... o piensan que pasemos aquí la noche en plan de cháchara, ¿eh? ¡Nos van a meter entre rejas de por vida! ¡Y ustedes dale que dale al «boquino»! ¡Sin enterarse... leche! ¡Si tendrá pelendengues la cosa!

—Prost está en lo cierto, chicas. ¡Venga..., echadme una mano! Y tú, mafioso de baratillo, ¡tranquilo! Tengo el coche cerca de aquí...

—¡Mientras no sea el celular de la poli!

Instantes después con un Seymour totalmente recuperado, abandonaban el Kensal Green Cemetery en North Kensington.

El saldo de la nocturna, siniestra y espectral aventura, en la ciudad de los difuntos, no había sido positivo.

Todo había estado a punto de suceder, todo habría quedado resuelto, seguramente, si Seymour se hubiese hecho con el misterioso personaje de la capucha. Porque Kirk estaba seguro de que la respuesta a todas las terroríficas incógnitas las tenía aquel hombre... o mujer, que se tapaba la cara con el largo y amplio capuchón.

Se acomodaron en el interior del vehículo, se apretujaron dentro, justo en el instante que se dejaban oír, cerca ya, las sirenas policiales.

—¡Lo que yo decía! —se expansionó Prost, largando a continuación un profundo suspiro de tranquilidad.

Seymour, en silencio, meditativo y pasando balance mental a todo lo sucedido hasta entonces, puso el Ford-Fiesta en marcha.

CAPITULO IX

En el piano, lánguidamente, sonaban los primeros compases de la *Marcha Fúnebre* de Mozart.

Eran notas pausadas, casi intencionadamente… muy despacio.

Mortalmente despacio.

Vibrando cada una, con énfasis tétrico, en la amplitud del salón.

Poblando de horror todo el espacio de su acústica.

Notas…

Piano…

Magali Lenan salió de las sábanas bruscamente sobresaltada.

Esforzándose por hacerse a la realidad y por zafarse al abrazo de pánico que la estrechaba.

De súbito; truncando su reparador sueño.

Pero inquieto.

Porque los fantasmas de su conciencia la impedían dormir en paz.

Parpadeó.

Tinieblas.

—¡Everett, Everett…! ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

Palpó sobre la cama, a su lado.

Vacío.

Everett no estaba allí.

Las notas llegaron hasta sus oídos con nitidez.

El piano…

Alguien estaba tocando el piano

¡Everett no…, Everett no tenía la menor noción musical!

¿*Quién*…?

Zozobró, arropándose entre las sábanas.

Y de pronto decidió escapar de ellas y saltar velozmente del lecho. Se puso a tientas, a oscuras, la bata, enrollándola a su cuerpo excitante y deseable.

Saliendo del cuarto rumbo a las escaleras alfombradas que conducían a la planta baja de la magnífica residencia que Everett había adquirido para los dos; para alejarla de cualquier recuerdo que la vinculase a Craig Majors.

Bajó los peldaños con zozobra atropellada.

Mientras las notas de la *Marcha Fúnebre* seguían llegando, machaconas, crueles, lacerantes, hasta sus oídos.

Pero el pánico a la ignorancia, al porqué, a lo que pudiera estar sucediendo… era superior al que le producía el desvelar aquel sobrecogedor misterio.

¿*Quién*…?

Al llegar a la planta, despacio, arrebujándose más y más en la bata, prosiguió su avance, más lento ahora, hacia el salón.

Abrió las puertas de par en par y las notas restallaron brutalmente, saliendo siniestras a su encuentro, rodeándola, oprimiendo su garganta como un manto invisible de muerte.

Asfixiándola…

—¿Quién…, quién… está ahí? —tartajeó.

Y de súbito, como un estallido de horror, todas las luces de la estancia se encendieron… *inundando el salón de claridad*.

Un hombre estaba sentado al piano.

¿Un… *hombre*?

¡Un cadáver! El cadáver de… *Craig Majors*.

¡¡NOOO!! —bramó, desenfrenada, alzando ambas manos para cubrir su rostro, entreabriéndose la bata y dejando parte de sus pródigos encantos al descubierto.

Cesó la música siniestra.

—¿De qué te asustas, querida? —Craig Majors se había alzado de la silla.

—¡Estás…, estás muerto! ¡Y yo veo visiones!

—Quizá es la voz de tu conciencia que golpea tu cerebro… y puede que sean los ojos: de tu sucia conciencia los que ahora me están viendo. ¿O… no piensas que pueda ser un mensaje de ultratumba mi presencia aquí, Magali?

Temblaba.

Su cuerpo se mecía a golpetazos espasmódicos, lo mismo que si la estuviesen flagelando violenta, despiadadamente, con un látigo.

Retiró, al fin, las manos de la cara.

—¡Everett tiene razón! ¡No eres más que un monigote! ¡Una mascarada de Sue Elen Majors!

Las carcajadas que salieron por entre los labios del… *hombre*, acribillaron el ámbito con un eco muchísimo más tétrico que el anterior de las notas del piano.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…! El terror te enloquece y no sabes lo que dices, Magali. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Te voy a matar otra vez!

—¿Otra vez…? Así, ha habido una primera, ¿no? ¡Estúpida insensata! ¿Pretendes en tu locura… *matar a la muerte*?

—¡Tú no eres la muerte…,no eres Craig Majors, fantasmón! No eres más…

—Qué soy, ¿eh? —le interrumpió con terrorífica crispación en sus facciones, el resucitado—. ¿Te estás preguntando, para tus adentros, zarandeada por el pánico, cuál es la verdad? ¿Te preguntas una y otra vez, martilleas desesperada tu cerebro buscando la respuesta a la

horrible incógnita... a si soy una aparición o el Craig Majors... *que no murió*?

—¡MIENTES! ¡MIENTEEES!

—¿Realidad, Magali... o ficción? —seguía, siniestro, el personaje—. ¡Y preferirías que fuese una visión! En el fondo quisieras que así fuera... *visión, fantasía*... Como me sucedía a mí en las fases alucinógenas a que tú me precipitabas con las drogas y estimulantes que e'/te prescribía. Drogas que tú mezclabas en mis alimentos y bebidas. Visiones, visiones, visiones... ¡VISIONES! Poblabais mi mente de fantasías horrísonas para precipitarme a la locura, al supuesto suicidio...

Magali, encajando las mandíbulas, pálida como la misma muerte, agotaba sus últimos instantes del valor temerario nacido, gestado en el mismo horror que la estrangulaba.

Que le quitaba la vida y la razón muy despacio... *poco a poco*.

Se encaró con aquel que estaba erguido. Trágicamente erecto. Rígido como un espectro.

—¡NO ES CIERTO! —gritó—, ¡ESTO NO ES VERDAD! No hay realidad aquí... Tú estás muerto, Craig Majors. ¡Y LOS MUERTOS NO VUELVEN!

—Sí, Magali... sí vuelven. Y eso... *post mortem, tibi manifestabitur*.

—¿Qué me estás diciendo?

—¡Lo que me dijeron a mí! ¿No lo recuerdas? *Que me sería manifestado después de morir*.

—¡Lo tuyo era falso, imbécil! Te pasábamos... —Magali, excitada, caminaba verbal y mentalmente por un sendero que flanqueaba la praxis y el eufemismo, la realidad y la ficción, la verdad y la mentira, dirigiéndose a! que suponía un aparecido y al que creía, con horror, una realidad—, unas películas para provocar tus pesadillas y sumirte en profundos baches alucinógenos. A Percival Steiger la viste subido a tu taxi, primero en una filmación de video... Everett se encargaba de buscar a los artistas fracasados que aceptaban de mil amores el trabajo. Luego, fue verdad. El actor detuvo tu taxi... Era la secuencia final, la secuencia de la muerte, de tu muerte... ¡PORQUE TU ESTAS MUERTOOO...!

—¿Necesitas gritarlo para creerlo, Magali?

—Era mentira... —siguió ella como en éxtasis alucinatorio—, era la voz del actor la que te decía, *Quod ignoras, post mortem, tibi manifestabitur*. ¡Era un actor, estúpido Craig Majors! ¡Muerto Craig Majors! ¡El... un actor! ¡No se trataba de ninguna premonición del más allá como tú creías!

—Pero ahora, Magali, todo es distinto. Todo es verdad. Ahora... *sí, Magali. Ahora vas a morir y tus dudas se despejarán... tus dudas acerca del por qué he vuelto*. Escucha las palabras... ¡ESCUCHALAS BIEN! —el ser, caminaba hacia ella, muy despacio, pero con criminal decisión en sus gélidas pupilas. Desgranando con enervante matiz—: *Quod ignoras*... ¡POST MOR TEN, TIBI MANIFESTABITUR!

Un aullido bestial rasgó tras unirlas en el alarido, las cuerdas vocales de Magali Lenan.

—¡NOOOO! ¡ESTAS MUERTOOO! ¡REGRESA A TU SEPULTURA... REGRESAAA!

Los brazos extendidos del resucitado, las manos de Craig Majors, estaban engarfiadas ya con siniestro patetismo, alrededor de la garganta de la explosiva hembra, que mostraba ahora una apariencia lívida.

Cadavérica.

Como... como si la muerte hubiese llegado ya hasta ella antes de morir.

—Te mataré, diabólica ramera... *post morten, tibi manifestabitur*. Pero para que te sea revelado, ¡MUERE PRIMERO!

Y los dedos rígidos, comenzaron a apretar.

A apretar.

A... ESTRANGULAR.

Hasta que se oyó, de pronto, inesperadamente, el estrépito de cristales rotos.

De uno de los ventanales del salón que daban al jardín, que el cuerpo de un tipo bastante, suicida acababa de cruzar como una exhalación llevándose vidrios por delante adheridos a su piel e

indumentaria.

Estallando la voz de Kirk Seymour.

—¡Quieto… deténgase. Guy Havers! ¡Quieto… O DISPARO!

CAPITULO X

El aullido de las sirenas policiales iba quedando cada vez más lejos.

—¿Dónde quieres apearte, Prost? —inquirió Seymour sin retirar ni la vista ni la atención del volante.

—¡Cualquier punto es bueno, amigo! En la próxima esquina mismo.

Allí detuvo Kirk el Ford-Fiesta y Prost se fue a tierra rápidamente perdiéndose, veloz, en las sombras de la noche.

—¿Qué pasa, Kirk? —inquirió Sue Elen ansiosa, estrellando sus magnificas pupilas verdosas en el rostro del hombre que reflejaba, a la vez, cansancio y excitación.

—Ocurre que la noche aún no ha terminado. Hemos hecho venir a Mónica para algo...

—¿Qué quieres decir, Kirk? —fue la otra quien preguntó ahora.

—Si os lo explicara con detalle posiblemente no me entenderíais. Tú especialmente, Mónica. Tú que buscas a un hombre que, por obra y gracia de un cerebro diabólico, se ha convertido en siniestro detalle aleatorio de un tétrico misterio de muerte, muertos y resucitados, que yo quiero desvelar. Que pienso voy a desvelar esta misma noche.

—¡En ningún momento me has dicho lo que realmente pensabas! —exclamó, disgustada, Sue Elen.

—Sabes que en principio era del todo escéptico a tu historia...

—Pero tras esa supuesta resurrección de mi hermano cambiaste diametralmente, ¿no?

—Claro. Y esperaba probar y comprobar en el cementerio que mi hipótesis era cierta. Craig Majors no podía haber resucitado y eso lo sabemos todos, Sue Elen. Nadie vuelve de las regiones sombrías de la muerte... salvo si no ha muerto.

—¿Quieres significar que mi marido murió en lugar del hermano de Sue Elen? —preguntó, con un estremecimiento, Mónica Bogarde.

—No quiero decir… de momento, nada. Porque hay alguien que nos lo puede explicar con mayor detalle.

—¿Quién…? —era la de los ojos verdes la autora del interrogante.

—Tu cuñada. Magali Lenan.

—¿Piensas que era ella la encapuchada del cementerio? —insistió Sue Elen.

—¿Por qué no tratas de mantenerte en calma durante unos segundos? He dicho que vamos en pos de la definitiva, real respuesta, ¿no?

—No así… —intervino, medrosa, Mónica.

—Lo digo ahora y para que me entendáis las dos: vamos en busca de la respuesta definitiva a toda esta trama diabólica, a esa escenografía de horror y sangre que un siniestro cerebro estructuró casi con perfección. ¿Lo habéis comprendido?

—¡Pero tú conoces esa respuesta! —machacó Sue Elen.

—Creo que sí…

Y apretando los labios en señal de mutismo, Kirk Seymour puso el vehículo en movimiento.

Hacia aquella residencia que el matrimonio McKean-Lenan había estrenado pocos días atrás, adquiriéndolo con el producto de la sangre y el horror.

Porque' el inspector jefe de la London General Insurance quería que las pocas dudas que le quedaban acerca del autor de aquel puzzle satánico, su leve ignorancia.. le fuese aclarada y revelada sin necesidad de morir.

Sin necesidad de que le pronunciaran… *post morten, tibí manifestabitur*.

Cuando alcanzaron el barrio residencial del Regent’s Park, Kirk introdujo el Ford-Fiesta por Prince Albert Road, deteniéndolo en una zona en penumbra cercana al edificio señalado con el número 73.

Echaron pie a tierra.

—Allí es —dijo Seymour.

—¡Hay luz en la planta baja! —exclamó Sue Elen.

Kirk extrajo del bolsillo el revólver que Mónica le había devuelto al salir del cementerio y recargó el tambor, asegurándose después de su perfecto funcionamiento.

Mientras murmuraba:

—Es raro... No son horas de tener luces encendidas.

Instantes después, precautoriamente y tras salvar la artística valla que no servía más que de adorno, rodeaban el jardín acercándose a los iluminados ventanales.

—¡Kirk, Kirk...! —estalló la bellísima Sue Elen con un gesto horrorizado—. ¡Mira eso! ¡Es... es Magali! ¡La va a matar!

Apuntando Mónica, con temblor en las mandíbulas que hacía castañetear sus dientes:

—Juraría que... él, ¡es mi marido! ¡Sí, creo que es Guy!

Seymour no se lo pensó ni medio segundo.

Y su cabeza barrenó el cristal reduciéndolo a fragmentos.

Entre restos y polvo de vidrio cayó dentro del salón, estallando:

—¡Quieto... deténgase, Guy Havers! ¡Quieto... O DISPARO!

CAPITULO XI

El hombre...

El resucitado...

Craig Majors...

Guy Havers...

Al oír este último nombre pronunciado como un súbito trallazo, detuvo su ansia homicida.

Sus dedos parecieron relajarse por unos instantes dejando en libertad el cuello que segundos antes apretujaban mortalmente.

Magali cayó al suelo doblándose sobre sí como una marioneta de trapo.

—¡MALDITO IMBECIL...! —rugió alguien, al tiempo que una figura encapuchada surgía de entre los cortinajes de terciopelo negro que cubría una parte de los ventanales. Bramando a renglón seguido—: ¡SIGUE, SIGUE...! ¡MATALA, TE LO ORDENO!

Obedeció, sí.

Inclinándose, olvidando del que le amenazaba con disparar, para cerrar de nuevo sus garfios entorno al cuello de Magali Lenan.

Y justo en el mismo instante que *quien fuera* reanudaba su macabra tarea extintora, letal, brincó en el ámbito el estallido de un disparo.

Un proyectil fue por Kirk Seymour.

Pero el inspector jefe de seguros presto en el escorzo y fracciones de segundo antes de que el plomo, candente, rabioso, acudiera en su búsqueda, alteró su postura.

Y al momento rodó en tierra para girar, quedando boca arriba con el arma apuntando al enmascarado, con el revólver que firmemente empuñaba su diestra y cuya muñeca era afianzada por el soporte de la

zurda.

¡BANG! ¡BANG!

Dos disparos.

Que convirtieron la capucha, como en trágico y macabro arte de birlibirloque, en una explosión roja, terriblemente roja.

Bestialmente roja.

Al fragmentarse lo que había dentro de ella la máscara quedó teñida de sangre.

Empapada en sangre.

Mientras el cuerpo, ebrio de muerte, zigzagueaba.

Y ya Kirk Seymour estaba disparando contra las piernas del que seguía apretando la garganta de Magali Lenan, consiguiéndole hacer morder mosaico y apartándole de su contumaz y asesina tarea.

Mónica Bogarde corrió hacia él.

—¡Guy… Guy! —gritaba—. ¡Guy, amor mío! ¡No mueras ahora que te he encontrado! ¡Guy…, Guy, por favor, Guy! ¡Te necesito!

Sue Elen había acudido en auxilio de Magali.

Kirk, en pie ya, con la punta de los dedos estaba retirando la ensangrentada capucha para contemplar un rostro que él sabía de sobras a quién pertenecía: a Everett McKean.

Al diabólico cerebro, ahora destrozado, reducido a fragmentos y de color gris-rojizo que flotaban sobre el charco sangriento, que estructurase desde el principio tan horrendo proyecto de terror y muerte.

El psiquiatra McKean, sí.

—¿Aviso una ambulancia? —inquirió Sue Elen.

—Dos… —murmuró Kirk, un tanto estremecido frente a la trágica visión sangrienta—. Guy Havers necesitará durante un tiempo profundos cuidados psiquiátricos hasta que su mente sea devuelta a la lucidez y la realidad, arrancada de las sombrías regiones de alucinación donde la sumió Everett con fármacos e hipnosis.

—¿Volverá..., volverá... —Mónica tartamudeaba— a ser como... antes, Kirk?

—No soy médico, Mónica. Pero creo que hay muchas posibilidades de que lo rescaten... sí. Casi seguro de que la luz y la realidad retornarán a su cerebro. Ten confianza.

Sue Elen ya estaba efectuando la llamada.

Cuando colgaba el auricular, Kirk se acercó para tomarlo.

—¿A quién vas a llamar, cariño?

—A la policía. Me parece que tienen bastante que hacer aquí, ¿no te parece?

—Sí... ¡Kirk! Así mi hermano... ¿está definitivamente muerto?

—Por supuesto. Él era el primer eslabón de la cadena trágico sangrienta concebida por Everett McKean. Luego fue tu tío Edward... cuya muerte provocada convertía en millonaria a Magali y a su segundo marido. Guy Havers hacía falta para asesinarla precisamente a ella.

—¿Por qué..., por qué Magali también?

—Porque seguro que Everett McKean es el directo beneficiario de las últimas voluntades de Magali. Nada más casarse ambos redactaron testamento... imagino. El psiquiatra no dejaba nada al azar. La policía, sumida en un caos ilogístico, con la posible venida de Craig Majors del más allá acuchillando al sepulturero, hecho que contribuía a aumentar la atmósfera de sangre y terror, con tantas muertes absurdas, habría acabado por extraviarse en el hilo inconexo de sus propias investigaciones, hilo que nunca les hubiera conducido hasta McKean con evidencias reales.

—Pero si morales. Hubieran acabado comprendiendo...

—Con evidencias morales, pequeña, en este país no se condena a nadie.

—¿Y qué pensaba hacer con Guy Havers?

—Cualquier día hubiera aparecido muerto en cualquier lugar. Lo lógico. Lo que esperaba su mujer después de tanto tiempo de ausencia, ¿no? Everett, desgraciadamente, sabía lo que hacía... y lo

que quería. Lo estoy viviendo y no me entra en la cabeza... ¡en fin!

Hizo girar el dial y se puso en comunicación con la estación de policía.

Desde la lejanía de la noche y por entre sus sombras y penumbras llegó hasta ellos el ulular de las sirenas de las ambulancias.

—Ya vienen... —apuntó Sue Elen.

—Sí... —musitó él, como ausente.

—Estás agotado y destrozado, ¿verdad, Kirk?

—¿Para qué voy a engañarte? Creo que sí...

—Oye...

—¿Sí, pequeña, qué...?

—Si tú me autorizases a cuidar durante unos días de tu descanso...

—Para eso tendría que pedirte que te casaras conmigo. No sería correcto que estuvieras al borde de mi lecho sin ser mi esposa, siendo sólo mi...

—¡Pídemelo!, ¿no?

—Por qué tanto empeño en que me case contigo, ¿eh?

Estamos rodeados de muerte, sangre y desolación, y tú...

—Porque te quiero, Kirk.

—Yo también a ti, Sue Elen.

—¿Entonces...? —abrió ella mucho, muchísimo, sus pupilas verdes, devorando la apostura masculina de él, con las cejas sugerentes, expresivas, enarcadas.

—¿No puede ser de otra manera, muñeca?

—Si quieres que esté junto sin ser tu fulana, no le veo otra solución.

—¿Si te pidiera un anticipo de la boda... me lo darías?

—¿De la boda... o de la noche?

—Noche, noche…

—Sí…

Mónica acabó por alzar la cabeza y mirarles.

—¡Pues sí que estáis buenos, pareja! El matrimonio os traerá preocupaciones. ¿No me veis ahora? Aunque… ¡aunque también ¡loro de alegría, claro!

Ellos se estaban besando. Hasta que les interrumpieron los hombres de Scotland Yard. Más concretamente un sargento del Departamento de Detectives, preguntando:

—¿Puede saberse qué ha ocurrido aquí?

FIN